



Solo

ANHELO
TU AROMA

PRISCILA SERRANO

Copyright

EDICIONES KIWI, 2020
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



Primera edición, noviembre 2020

© 2020 Priscila Serrano
© de la cubierta: Borja Puig
© de la fotografía de cubierta: shutterstock
© Ediciones Kiwi S.L.
Corrección: Paola C. Álvarez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Nota del Editor](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5: Hugo](#)

[CAPÍTULO 6: Fernanda](#)

[CAPÍTULO 7: Hugo](#)

[CAPÍTULO 8: Fernanda](#)

[CAPÍTULO 9: Hugo](#)

[CAPÍTULO 10: Fernanda](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12: Hugo](#)

[CAPÍTULO 13: Fernanda](#)

[CAPÍTULO 14: Hugo](#)

[CAPÍTULO 15: Fernanda](#)

[CAPÍTULO 16: Hugo](#)

[EPÍLOGO: Fernanda](#)

Nadie dijo que duraría para siempre, eso no significa que no hayamos intentado llegar allí.
Lewis Capaldi

Esta os la dedico a vosotros, los que esperáis para seguir soñando.

CAPÍTULO 1

Antes

¿Positivo? No podía ser verdad, no podía estar embarazada. Dios, ¿por qué todo me pasaba a mí? Ya sabía que tantos mareos, náuseas y ganas de comer como una foca no era normal, pero ni por asomo me imaginaba que fuera esto. ¿Qué iba a hacer ahora? Inmediatamente pensé en Hugo.

—Él es el padre. Hugo es el padre y no está —musité lavándome las manos.

Me mojé la nuca, me estaba mareando de solo pensar en lo que se me venía encima. Iba a ser madre, una madre soltera. Suspiré a la vez que mi móvil comenzaba a sonar, la música de J Balvin me ponía siempre de buen humor, pero hoy no era ese día. Miré la pantalla, era Judith. Joder, ¿cómo le decía esto? No podía contárselo a nadie, no por ahora, o nunca, si no lo contaba no se enteraban. «¿Y qué harás cuando te crezca la panza? No puedes decir que te has tragado una sandía», mi mente divagaba sola.

Salí del baño, tenía que prepararme para ir a trabajar. El día no empezaba de la mejor manera, pero tampoco podía quedarme en casa a darle vueltas a la cabeza, eso no serviría de nada. Ahora solo tenía que pensar en cómo salir de esta.

En el trabajo estaba completamente ausente, mi compañero me preguntó en más de una ocasión si me sucedía algo, no tenía buena cara y no me sentía bien. Las náuseas persistían, los olores de la cocina no eran una buena combinación conmigo. Salí buscando algo de aire fresco, necesitaba respirar. Me senté en una de las sillas que teníamos los empleados en la parte trasera, por donde entrábamos a diario para la jornada laboral, a la vez que escuchaba mi nombre; alguien preguntaba por mí y la verdad no sabía quién era, no estaba muy puesta en el sonido de su voz.

—Fernanda, te estoy llamando. ¿Para qué coño tienes el móvil? —La voz de Judith me atravesó el tímpano; cómo chillaba la jodía cuando quería.

—No me grites, coño —le pedí—. Tengo el móvil en silencio, te recuerdo que cuando estoy trabajando no lo tengo encima y mucho menos estoy pendiente de él.

—¿Y esta mañana? Porque te he llamado antes de que entraras. —Alzó una ceja.

—Vale, lo siento. ¿Qué haces aquí? No te esperaba.

Me extrañó tenerla en el restaurante, desde que estaba con Héctor su burbuja se había cerrado tanto que no salían de ella ni para dar los buenos días, estaban todo el día enganchados.

—Estaba preocupada por ti, hace días que no hablamos y, al no tener respuesta esta mañana, no me lo he pensado. ¿Estás bien? Estás muy pálida —refirió acercándose a mí.

Asentí, mintiéndole descabelladamente; claro que no estaba bien. ¿Cómo iba a estarlo si tenía dentro a un feto haciendo conmigo lo que le daba la gana? La palabra feto sonaba fatal, pero aún no era capaz de referirme a él... o ella de otro modo y no me creía capaz de hacerlo pronto.

Cuando me sentí un poco mejor, e ignorándola por completo, me levanté de la silla para volver al trabajo. Judith me siguió extrañada por no decirle nada más, yo no era de las que se quedaban calladas, siempre tenía algún impropio para soltarle, pero desde hacía meses no era la

misma y, ahora, mucho menos volvería a ser así, alocada y despreocupada.

—Fer, dime qué te pasa.

—No me pasa nada, Judith. ¿Por qué debería pasarme algo? Sabes que no me pasa nada — repetí varias veces intentando convencerme a mí misma de ello, aunque era completamente imposible.

—Esto es más grave de lo que me creía —mencionó agarrándome del brazo—. Vamos, tómate un descanso de cinco minutos y así hablamos —propuso tirando de mí.

—No, Judith..., no puedo. —Suspiré—. No porque venga la novia de mi jefe y me diga que haga algo que no deba lo voy a hacer, ¿entiendes? —Arrugó la frente confundida—. Lo siento, no quería decir eso, pero entiéndeme, no puedo dejar mi puesto para hablar contigo. Si quieres — pensé bien mis palabras—, nos vemos después en tu casa.

Se encogió de hombros y, tras despedirse de mí con un adiós bastante seco, se marchó. Sentía mucho hablarle así, ella no tenía la culpa de mi problema, todo lo contrario, estaba segura de que se pondría feliz, pero ¿y yo?, ¿me pondría feliz yo? Era tenerlo en mente, haber visto esa prueba, y ponerme de mala hostia. No era el momento para mí, «para nosotros», agaché la mirada hasta mi vientre y suspiré.

Obligándome a mí misma a no seguir dándole vueltas al asunto, seguí con mi trabajo y hubo tanto que hacer que ni tiempo me dio para acordarme de ello. A la hora de la salida todo volvió a mi mente y la única persona en la que podía confiar en ese momento era mi amigo del alma, el que seguramente me diría cuatro cosas cuando le contara lo que me estaba pasando. No era que no confiara en Judith, pero estaba segura de que, en cuanto se lo dijera, me preguntaría por el padre averiguando quién era; ya la veía buscando la manera de contactar con él y yo no quería eso. Él tenía su vida fuera, no sabía dónde, pero estaba lejos de mí y así debía seguir.

Me monté en la moto y salí del aparcamiento para luego incorporarme a la autovía en dirección al apartamento de Jesús, dejando a Judith tirada. Solo esperaba encontrarlo en su casa, ya que estaba liado con la apertura de la *sex shop*.

Jesús no me esperaba y se sorprendió mucho al verme. Con una sonrisa me animó a entrar.

—Hola, corazón. ¿Qué haces aquí, habíamos quedado? —preguntó cerrando la puerta, y negué—. ¿Te ha pasado algo? ¿Judith está bien? —Volví a negar, esta vez con una sonrisa.

—Tranquilo, ansias, parece que no vengo nunca a verte —me quejé sentándome en el sofá.

—No es eso, pero sí hace bastante que no lo haces. ¿Qué tal el trabajo? —Se sentó a mi lado—. ¿Quieres un café?

—Un vaso de agua está bien, si es fría mejor.

—A sus órdenes.

Se levantó de nuevo para ir a la cocina y regresó enseguida con la botella y un vaso para servirme todo lo que me hiciera falta. Como me conocía, ya sabía él que esta conversación iba para largo.

Volvió a sentarse sin apartar sus ojos de mí, expectante a lo que tuviera que decirle. Jesús era como el hermano que nunca tuve; al igual que Judith, los dos eran demasiado importantes para mí, eran mi familia y por eso siempre podía confiar en ellos, aunque había veces, como esta especialmente, en las que primero hablaba con él por el simple hecho de no provocarle a Judith un ataque al corazón, era demasiado joven para que le pasase eso por mi culpa. No era que yo fuera un desastre andante, ni mucho menos, siempre había llevado mi vida con responsabilidad, pero

cuando me liaba con algún tío, salía escaldada y este no iba a ser menos.

—¿Me vas a decir ya lo que te pasa? —interrumpió mis pensamientos, que estaban volviéndome loca.

—Estoy embarazada —solté sin miramientos, ¿para qué?

Jesús se quedó callado, mirándome de arriba abajo, dejando unos segundos la vista en mi barriga, comprobando que no fuera una broma. No se me notaba demasiado, o eso creía yo, aunque con la ropa que llevaba tampoco era que se pudiera ver mucho.

—Estás de coña, ¿no? —Negué—. Vamos, Fernanda, no estamos en el día de los Inocentes.

—No soy de bromas, ya lo sabes.

Abrí mi bolso con la clara intención de enseñarle la prueba de embarazo, la había metido ahí para, si no me lo creía, volver a mirarla. A veces fallaba, ¿no?

La puse en la mesa sin querer observarla otra vez y la cogió. Sus ojos se abrieron tanto que por poco se le salieron de las órbitas. Joder, cualquiera que se enterase de una noticia así se pondría feliz, en cambio, yo no podía, no era el momento... No podía manejar mi vida, mucho menos podría con un bebé.

—¿Se lo has contado a Judith? —Agaché la cabeza a modo de respuesta—. ¿Por qué? Es tu mejor amiga y seguro que se pondrá feliz. Ya sabes lo importante que es para ella tener un bebé, aunque no sea de ella.

—Lo sé, pero, si se lo digo, va a saber quién es el padre y no quiero que le digan nada. Hugo se fue y no seré yo quien le joda la vida —declaré reprimiendo las ganas que tenía de echarme a llorar y me regañé internamente por ser tan tonta, yo no era una mujer sensible. Jodidas hormonas.

De pronto me dieron ganas de vomitar y salí corriendo hasta el baño para echar hasta la primera papilla que me dio mi madre. Jesús agarró mi pelo, ni siquiera sabía que había venido tras de mí.

—Sí, no hay duda, estás preñada hasta la boca. —Su ocurrencia me hizo reír.

—¿Acaso lo dudabas? Yo sí, pero cada vez me aclaro más —dije levantándome. Me lavé las manos y la boca además de echarme agua en la cara, cada vez que vomitaba me moría.

Fuimos al salón para sentarnos y Jesús, al verme tan mal, cogió mis manos con cariño. Ahora lo que necesitaba eran mimos, cariño y, sobre todo, apoyo.

—¿Sabes lo que vas a hacer?

—No, no lo sé y eso es lo que peor llevo. ¿Cómo me voy a hacer cargo de un hijo...?

—O hija —me interrumpió.

—O hija, tú ya me entiendes. ¿Cómo lo voy a hacer, Jesús? No es que sea una irresponsable, pero mi vida se basa en trabajar, volver a casa, salir a emborracharme y volver a trabajar. ¿Dónde entra un bebé ahí? Y lo peor, sin padre.

—Tendrá padre, Fernanda... Yo seré su padre, si me dejas. —Me quedé en silencio mirándolo perpleja—. Puedes decir que es mío, así Hugo no tiene por qué enterarse.

Me levanté abrumada, era demasiado para un mismo día. Comencé a dar vueltas de un lado al otro pensando en su oferta, en los pros y contras, y todo me parecía una locura.

—¿Cómo voy a decir que eres el padre si eres gay, Jesús? Eso no hay quien se lo crea —hablé de pronto.

—Cierto, soy gay, pero tú y yo tenemos muy buena relación y nos hemos emborrachado juntos más veces de las que recuerdo. Podemos decir que es fruto de una noche loca que ninguno

recuerda por el alcohol. ¿Qué puede salir mal? Nadie tiene por qué enterarse y así tú puedes criar a ese pequeño sin miedo a que Hugo irrumpa en tu vida, además de que tendrás mi ayuda, cariño.

Se acercó a mí y me abrazó y fue el momento en el que me derrumbé y solté todo lo que estaba reteniendo desde que Hugo se marchó. Me di cuenta de lo que sentía por él cuando decidió irse sin despedirse, sin decirme nada y solo hicieron falta unos días con él para demostrarme quien era y como podría ser si estuviésemos juntos. Sin embargo, parecía que él no sentía lo mismo, de ser así, no se habría ido.

—Está bien —musité tras sopesarlo unos minutos—. Diremos eso, tú eres el padre de mi hijo.

CAPÍTULO 2

Los días pasaron y aún seguía sin saber cómo decirle a Judith lo de mi embarazo y, aunque Jesús y yo ya lo teníamos todo planeado para que todos se lo creyeran, una parte de mí tenía la certeza de que no iba a funcionar.

Al final, después de un par de semanas, noté como mi vientre parecía algo más abultado, no era gran cosa, pero lo suficiente para no ponerme nada ceñido. Decidí que había llegado el momento y qué mejor que hacerlo con una cena en donde Jesús y yo lo dijéramos juntos, así al menos tendría su ayuda.

Tras haberlo hablado con él, le mandé un mensaje a mi mejor amiga invitándola a cenar a la que había sido nuestra casa; ella ya vivía con Héctor desde hacía tiempo y el haberme quedado sola tampoco era que lo llevase demasiado bien, siempre había vivido con ella y compartíamos los gastos, ahora me tocaba hacerlo todo a mí y a veces iba demasiado cuesta arriba; otro punto para no querer ser madre tan pronto. Tanto era así que aún no había llamado al médico para pedir cita con la matrona. Tenía miedo.

Recibí su respuesta inmediatamente con un sí lleno de corazones, qué cursi se había vuelto desde que la vida le sonreía. «Más que la vida es la sonrisa de Héctor la que tiene cada mañana, y lo que no es la sonrisa», pensé dejando el móvil en la mesilla.

—Madre mía, esto es una puta locura —referí sacando pollo del congelador.

Metí la carne en agua para que se descongelara, aún había tiempo y lo dedicaría a arreglar la casa, pues sabía que mi amiga vendría pasando el dedo por cada mueble buscando el modo de hacerme ver que no podía sola con todo, y mucho menos que la echaba de menos, aunque para eso no hacía falta que mirase el polvo, ya se lo decía yo cada vez que la veía.

Sobre las seis de la tarde, ya cansada de pasar el trapo por todos los muebles, el timbre sonó, era Jesús, que venía a ayudarme con la cena. Se suponía que debía estar aquí cuando llegasen Héctor y Judith. Ellos no sabían que seríamos cuatro, no le dije nada en el mensaje.

—Hola, cielo. ¿Cómo estás? Te veo muy pálida y eso es muy difícil con lo negra que eres —se burló de mí.

—Ja, ja. Muy gracioso estás hoy. Más te vale no hacerme esas bromas delante de tu hermana si quieres que se crea nuestra mentira. ¿Te imaginas la cara que pondrá? A mí me ha perseguido en sueños. —Saqué la carne del agua—. Sé que no se lo va a creer, es que es imposible que tú y yo... —Lo miré haciendo un gesto extraño con los ojos—. Tú ya me entiendes.

—Sí, te entiendo y sí, puede que no se lo crea, pero es eso o decirle que es de Hugo. ¿Qué prefieres? —me preguntó. Iba a responderle cuando se me adelantó—. Tampoco sería mala idea, es decir, ¿por qué no le dices a Hugo que va a ser padre? No es que te vaya a declarar su amor, está visto que, si no lo hizo ya, no creo que lo haga, pero tiene derecho, ¿no? —Negué rápidamente.

—No estoy preparada para eso..., además —suspiré—, seguro que él ya tiene a alguien y no voy a ser yo quien le fastidie eso.

Me di la vuelta para volver al salón, intentando dejar el tema de lado. ¿Estaba preparada para decirle a Hugo que íbamos a tener un hijo? No, claro que no lo estaba y mucho menos para

escucharlo. Desde que se fue, no había sabido nada de él y tampoco había preguntado, di por hecho que no quería saber nada de mí, de nadie, aunque lo nuestro hubiera sido lo más intenso que hubiéramos vivido en nuestra vida.

Me senté en el sofá y descansé la cabeza en el respaldo, la verdad era que estaba algo mareada y agotada. Tendría que ir al médico en algún momento, suponía que debería tomar alguna vitamina o algo. No era una entendida en embarazos, pero algo había leído por ahí.

Jesús vino con una infusión y me la dio.

—Toma, anda, creo que esto te vendrá bien. Recuerdo que una vez mi madre me contó que ella tomaba infusión de menta cuando estaba embarazada de Judith y le calmaba las náuseas, no sé si a ti te vendrá bien.

—Gracias —musité soplando la taza para enfriar un poquito el líquido.

Jesús regresó a la cocina, al final, sería él quien se encargaría de la cena, yo no estaba demasiado bien y quería mejorar un poco para poder atender a la visita como se merecía. Sobre las ocho me di una ducha y me arreglé un poco, tampoco era que me fuera a ir de discoteca. «Dios, ya ni eso podré hacer con lo que me gusta salir a bailar», pensé mientras me peinaba. Tenía el cabello muy largo y a veces me costaba peinarlo; era ondulado. Me hice una cola alta y me maquillé un poco, justo cuando iba a salir de mi habitación, sonó el timbre.

—Ya están aquí —mencionó Jesús—. ¿Estás preparada?

—¿Tú qué crees?

—Que no, pero no te queda otra, morena.

Me encogí de hombros, suspiré cuatro veces y fingí la mejor de las sonrisas para después abrir la puerta. Me encontré a Judith y Héctor con cara de haber estado follando por horas; no había estado con ellos, pero eso se notaba. Y yo aquí, pensando el modo de contarles en vez de estar buscando quien calentara mi cuerpo.

—¡Hola! —me saludó mi hermana sonriente, con abrazo incluido.

Se separó de mí rápidamente y me miró de arriba abajo, como si estuviera comprobando algo. Me encogí de hombros restándole importancia y me alejé de ella para abrazar a Héctor. Él me dio un beso en la mejilla y seguimos adelante para sentarnos. En ese momento, salió de la cocina Jesús, dejándolos sorprendidos, obviamente, no tenían ni idea de que la cena sería de cuatro personas.

—Hermanito, ¿cómo tú por aquí? —lo saludó besando su mejilla.

—Ya ves, Fernanda me llamó para invitarme y aquí estoy.

—Hola, cuñado —dijo Héctor extendiéndole la mano.

—A mí me das un abrazo, ¿qué es esa formalidad, hombre?

Todos nos reímos por las cosas de Jesús, era un payasete que nos alegraba mucho estos momentos.

Cuando ya estábamos sentados, fui a la cocina para coger algunas cosas, la mesa aún no estaba preparada ni mucho menos. Héctor y Jesús se quedaron en el salón mientras que Judith me siguió, cosa que ya sabía, la conocía demasiado bien.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás esquivando? —me hizo esa pregunta a la que no quería responder.

Estaba de espaldas a ella, cogiendo los vasos para servirnos la bebida. No quería que pensara eso, pero me estaba costando mucho fingir que todo iba bien cuando no era así. El

haberme enterado del embarazo me había chocado demasiado y eso provocó que me alejase de las personas que más amaba en mi vida, incluida Judith. Me di la vuelta y, con lágrimas en los ojos, me abracé a ella como si fuese la última balsa en el agua.

—Eh, eh. ¿Qué pasa, Fer? No me gusta verte así, se supone que la sensible en esta relación soy yo. —Me hizo sonreír por unos segundos—. Así me gusta, cariño.

—Lo siento, estoy más sensible de lo normal y eso es demasiado para mí —respondí, ella me secaba las lágrimas como si fuese mi madre.

—Sabes que puedes contarme todo, ¿verdad? —asentí—. Pues ya sabes.

Sabía a lo que se refería, pero tenía que esperar a que estuviéramos los cuatro, estaba segura de que, si se lo decía estando solas, le diría todo y en ese todo entraba Hugo; no quería eso, no podía hacer eso, no ahora. Quizás, con el tiempo, podría contar la verdad e incluso hablar con el padre de mi bebé.

Justo cuando ella volvía al ataque, entró mi salvador. Jesús nos llamaba para ver qué pasaba, ya tenían hambre.

—Salvada por la campana —murmuró Judith y yo agradecí internamente a mi «chico».

Mi chico, ja. Éramos hermanos, así nos habíamos criado.

Salimos los dos de la cocina y dejamos la mesa preparada para sacar la carne que Jesús había preparado al horno con una salsa especial. Nos sentamos cuando por fin estuvo todo servido y comenzamos a comer y gemir por lo buenísimo que estaba. Sin embargo, dio igual lo exquisita que estuviera la cena, las náuseas me la jugaron y tuve que levantarme como un resorte porque si no vomitaría encima de todos. Judith, al verme salir corriendo hacia el baño, vino detrás de mí para ver qué me ocurría.

Minutos después, en los que eché más de lo que me había comido, salí y estaban todos sentados, Judith había decidido dejarme sola; eso o que le dio tanto asco que vomitaría ella también. Los tres se me quedaron mirando.

—Pues se ha quedado buena noche —soltó Jesús de pronto.

—Fernanda, ¿estás embarazada? —preguntó Judith sin pensarlo siquiera.

Me quedé en silencio, las palabras se habían largado por el retrete también y ya había tirado de la cisterna como para ir a buscarlas, lo único que pude responder fue lo que tanto había estado guardando:

—Sí.

CAPÍTULO 3

A Judith no se le escapaba una y sabía que en cuanto me viera se daría cuenta de mi estado. Mi vientre estaba un poco más abultado de lo normal, ya que yo era una persona bastante flaca; no tenía carne donde agarrar, como decía ella.

Me puse a llorar en cuanto le respondí y Jesús, haciendo lo que habíamos planeado, agarró mi mano y tiró de mí para que me sentase de nuevo y me tranquilizara.

—Verás, hermanita, la cena de esta noche era para deciros lo del bebé —declaró él, mirándola a los ojos con seriedad.

—¿Y qué tienes que ver tú con todo esto? —Nos señaló a ambos.

—Soy el padre.

Los ojos de mi mejor amiga y su novio se abrieron tanto que casi pude verles las pequeñas venitas que tenemos alrededor del iris. Judith iba a hablar, pero cerró la boca antes de decir una burrada. Negando con la cabeza, se levantó y comenzó a dar vueltas; lo que yo me temía, no le gustaba la idea.

—¿Estáis de coña? Sí, es eso, seguro que es eso —se repitió para sí misma.

—Judith, cariño, cálmate —intervino Héctor, que, hasta el momento, se había mantenido al margen.

Yo estaba demasiado nerviosa y a punto de contarle la verdad. Jesús, que ya me conocía bastante, me miró y negó apretando mi mano, dándome su apoyo. Su intención era buena y quería tranquilizarme, pero era casi imposible pues nunca en mi vida le había mentado a Judith y esta vez no solo le mentía yo, también lo hacía su hermano. Me sentía muy mal, una rastrera, y eso iba a ser mi talón de Aquiles en esta mentira porque al final sería yo misma la que le contara la verdad, aunque no ahora.

Volvió a sentarse estando ya algo más calmada y me miró fijamente, ya no miraba a su hermano. La conocía, sabía lo que intentaba, buscaba la verdad en mis ojos.

—Es verdad, Judith... él es el padre —tuve que hacer un esfuerzo tremendo para no titubear.

—Es que no puede ser. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—El cómo ya lo sabes, hermanita —comentó Jesús con un aire pícaro en sus palabras—. Y el cuándo, pues fue una de las tantas noches en las que Fer y yo terminamos tan borrachos que no sabíamos ni lo que hacíamos. Follamos y de ahí salió el retoño —terminó soltando la gracia completa y yo le di un pisotón.

—No hace falta dar detalles, Jesusito —murmuré mirándolo de reojo.

—Sé cómo se hacen los niños, tarugo —respondió Judith.

Su voz sonaba triste, como si el hecho de que mi hijo o hija fuera de su hermano no fuera la mejor de las noticias. Total, iba a ser tía, ¿no? ¿De quién mejor que de su mejor amiga y su hermano?

—¿Me disculpáis un momento? —Se levantó y se encerró en el baño.

Nos quedamos en silencio, mirándonos y más callados que putas, no hacíamos ni un mohín con la cara y mucho menos un suspiro éramos capaces de soltar. Vamos, que el ambiente se podía cortar con un cuchillo bien afiladito.

—¿Estáis seguros de que eso es así? —interrumpió nuestros pensamientos Héctor.

—Sí, cuñado, follando se ha quedado...

—No es eso, Jesús —le cortó—. Me refiero a si de verdad tú eres el padre, es que no me termina de encajar.

Héctor me lo iba a poner difícil.

—Vamos a ver, las cuentas encajan y antes de contarlo lo hemos mirado unas cuantas veces.

La conversación se iba a poner demasiado tensa y aproveché el momento para dejarlos solos e ir a buscar a Judith, necesitaba hablar con ella y ver cómo estaba, algo me decía que mi mejor amiga no estaba bien y no era precisamente por mi embarazo.

Ni siquiera pegué en la puerta, sabía que se había metido en la que era su habitación; siempre fue así, cuando se sentía mal, se encerraba entre esas cuatro paredes, era su fortaleza. Al entrar, me la encontré sentada en su cama mirándose los pies, caminé hasta ella y me senté a su lado para después agarrar sus manos. Ella me miró y se encogió de hombros.

—¿Estás bien? —me interesé—. ¿No te hace ilusión ser tía? —Me dolía verla mal, cuando eso pasaba, yo también lo sentía.

—No es eso, no quiero que pienses eso. Es solo que...

Su silencio fue duradero, sus pensamientos, bastante largos, y cerró los ojos para suspirar varias veces.

—No sabes lo que deseo estar como tú, mirando mi vientre y ver cómo crece. —Una lágrima cayó por su mejilla y enseguida se la sequé.

—Lo sé y lo siento, siento ser yo la que esté y no tú, porque tú te lo mereces más que yo. Eres la mejor persona que conozco y serías una madre ejemplar, cariño. —Nos abrazamos y lloramos juntas, como hacía tiempo que no pasaba.

El silencio de su habitación fue el protagonista para nuestro llanto, nuestro abrazo y ese cariño que nos teníamos. Judith y yo éramos una, éramos hermanas y, si una estaba mal, la otra se ponía peor.

—Entonces —se separó—, ¿vas a ser mamá? —Asentí—. ¿Cómo estás? Soy una egoísta, me he centrado en lo que siento yo sin darme cuenta en lo mal que tienes que estar tú. ¿Estás contenta? Dime, Fernanda.

—No te preocupes por mí, yo estoy bien. Es cierto que el día que me enteré no lo pasé bien precisamente, fue toda una sorpresa y te juro por Dios que me cagué. No estoy preparada para traer al mundo a un bebé, pero haré lo posible por hacerlo bien, aunque no tenga a su padre —se me escapó—. Es decir, que Jesús y yo no somos pareja y no viviremos juntos como tal —quise arreglarlo, pero Judith era demasiado lista.

—No es Jesús, ¿verdad? —Negué agachando la cabeza—. ¿Y por qué mentís? No lo entiendo, Fernanda. ¿Qué necesidad tienes de hacer eso? Ambas sabemos que después de Hugo... —Silencio total—. ¿Es de Hugo?

Me levanté como un resorte, me temblaban las rodillas, me sudaban las manos y en cualquier momento iba a echar la pota en un rincón de la habitación.

—Sí, es de él. —Me di la vuelta—. Pero no quiero que lo sepa, Judith. Por eso hemos mentido, por eso Jesús se ha prestado a esta locura.

—Pero...

—Pero nada, Hugo se fue y no se puso en contacto conmigo en todo este tiempo, está claro

que no quiere saber nada de mí y no voy yo ahora a llamarlo y decirle: oye, Hugo, ¿te acuerdas cuando en los tres días que estuvimos juntos follamos como conejos? Pues vas a ser papá. Vamos, que ni de coña.

Judith abrió la boca para hablar, para quejarse e insistir.

—No, no —repetí—. No se lo diré y tú tampoco se lo puedes decir a Héctor.

—¿Me vas a hacer mentirle a mi novio? Joder, Fernanda. No tenemos secretos entre nosotros.

—Si lo sé no te lo digo.

Salí de la habitación para ir a la cocina, tenía la garganta seca y la noche estaba siendo una mierda, la cena no había sido la mejor de las ideas, pero ya era tarde para arrepentirme. Me serví un vaso de agua helada justo cuando Jesús entraba y cogía mi brazo.

—¿Qué ha pasado?

Le iba a responder cuando Judith entró, nos miró y le pidió a su hermano que nos dejara a solas. Este se quejó, pero lo echó igualmente. Esta conversación era nuestra y de nadie más, ni de él mismo.

Le di la espalda, no quería hablar con ella. ¿Cómo se le ocurría decirme eso? Solo rezaba porque se lo pensara mejor y no se lo dijera a Héctor, de ser así, Hugo no tardaría ni una hora en saberlo y eso sería lo último que haría, no iba a complicarle la vida a nadie, mucho menos a alguien que solo me echó tres polvos y si te he visto no me acuerdo. La tonta fui yo, que me ilusioné con alguien que no merecía la pena solo porque fueron los mejores tres días de toda mi vida. Hugo era tan cariñoso, tan amoroso. Hugo era la mitad que faltaba en mi vida, mi media naranja. Tan iguales y diferentes a la vez.

—Lo siento, Fernanda —se disculpó.

—No lo hagas, por favor —le supliqué.

—No lo haré, tranquila. Tu secreto está a salvo conmigo.

La abracé fuerte, tanto que se quejó de dolor.

—Un día de estos me haces una contractura en la espalda, bruta. —Soltamos una carcajada a la vez que volvía a echarme a llorar.

—Putas hormonas, me tienen hasta el mismo coño.

—No digas palabrotas delante de mi sobrina —me regañó.

—¿Sobrina? ¿Cómo sabes que es una niña? —Se encogió de hombros.

—No lo sé, solo lo siento.

Tras un rato hablando a solas, salimos de la cocina para seguir con la velada que, con suerte, podríamos salvar. Nos sentamos y comimos en armonía. Por suerte para mí, Héctor no volvió a tocar el tema, no lo veía muy convencido con que Jesús fuese el padre, tenía la certeza de que él se imaginaba lo mismo que Judith, que era su hermano.

Cuando acabamos de cenar, hablamos de varias cosas, pero había otras que mi amiga aún se callaba. Seguía pensando que algo le pasaba o que me lo escondía. Héctor no hizo alusión alguna al estado de su novia y, por mucho que su hermano le hiciera la pregunta más de una vez, siempre salían con que mi embarazo los había pillado por sorpresa y más que él fuera el padre. Solté todo el aire que estaba reteniendo al escuchar de sus labios cómo ponía a Jesús de papá y no a Hugo, sería mi locura.

Sobre las dos de la madrugada, llegó la hora de irse. Héctor me dijo que si necesitaba pedir

la baja, que lo hiciera, no pasaría nada. Además, tal y como estaba, no iba a poder soportar mucho. No por el peso y porque estuviese de cinco meses, sino por las náuseas, mareos y el asco que le estaba cogiendo a la comida en general.

Me quedé sola, se fueron todos, incluso Jesús, tenía que trabajar al día siguiente y debía volver a su apartamento. Esta situación debía cambiar, no podía seguir viviendo sola, pues me sentía mucho peor.

Caminé hasta el sofá y me senté, reposando la cabeza en el respaldo, pensando, más bien soñando con algo que no iba a pasar jamás, que no tendría nunca. Hugo no iba a volver conmigo y no seríamos la familia ejemplar que yo hubiese querido.

El recuerdo de sus besos sobre mi piel me erizó completa, sentí cada rocé de sus labios en mi cuello, espalda. Aquella noche, cuando nos conocimos, fue el principio de algo que yo no podría parar, no sabía cómo era por su parte, pero tal y como él me hablaba y los actos que tenía conmigo me dejaban claro que sus sentimientos eran los mismos que los míos. Sin embargo, no le importó nada y se marchó después de haber tenido con él mucho más que otros. El sexo no fue solo sexo. Los besos no fueron solo de deseo. Lo nuestro fue algo más, mucho más fuerte, y ahora estaba sola, anhelando su aroma.

CAPÍTULO 4

Sin percatarme siquiera, mis ojos comenzaron a cerrarse y Morfeo me recibió con los brazos abiertos. Aun así, estando dormida, no era capaz de olvidarme de él pues hasta en sueños me perseguía.

Soñé con los momentos vividos, pocos pero intensos. Soñé con su regreso; me buscaba para declararme amor eterno. Soñé con el nacimiento de mi hija, ya tenía claro que sería una niña, Judith me metió esa idea. Y soñé con nuestra felicidad juntos. Pero como todos los sueños, se esfumaron en cuanto abrí los ojos y la realidad me dio en la cara. Estaba sola, recostada en el sofá y nadie me esperaba en la cama para abrazarme por detrás, para pegarme a su cuerpo y asegurarme de que nunca estaría sola.

Miré el reloj y eran las cuatro de la madrugada, había dormido más de una hora malamente, en ese sofá que ya tenía que cambiar, pero que se quedaría ahí porque no tenía dinero; ahora menos, tenía que pensar en mi bebé y lo que le haría falta, que no sería poco, no, señor.

Sin más, me fui hasta la cama y volví a acostarme para dormir lo que quedaba de noche. Por la mañana iría al centro de salud para pedir la baja, de verdad que no me sentía con ganas de seguir trabajando, menos mal que era fija y que en mi estado no me despedirían, pero tampoco podía arriesgarme, con los trabajos nunca se sabía, aunque fuese casi cuñada del jefe.

Por la mañana, me levanté agotada, no había descansado demasiado bien; me esperaba un embarazo de lo más caótico. Entré en el baño para darme una ducha, el día iba a ser largo, además de ir al médico iría a ver a mi madre. Aún no le había contado que sería abuela y la pobre se iba a llevar toda una sorpresa.

Estaba con mi doctora de siempre, la misma que me veía desde que llegué a España. Hacía ya tanto tiempo que no recordaba lo que era vivir en Venezuela. Mi madre y yo nos vinimos con el fin de tener una mejor vida y sí, la conseguimos, ambas encontramos lo que buscábamos y más que eso. Sin embargo, también se equivocó, se metió con el hombre equivocado y eso me convirtió en la mujer que era... hasta que Hugo apareció en mi vida.

No sabía cómo lo hacía que siempre terminaba pensando en él.

—Me has jodido la vida —musité mirando la mesa.

—¿Decías? —preguntó la doctora, Miranda.

—No, nada, solo pensaba en alto —me excusé, no iba a contarle mi vida.

—Bueno, te voy a pedir analítica de orina y sangre y ya te pido también la revisión con la matrona, hay que ver cómo está ese bebé y el tamaño que tiene. —La vi firmando los volantes—. ¿Vendrás el próximo día con tu pareja o tu madre? Lo digo por tus mareos. —Nagué con tristeza—. Aunque con lo que te voy a mandar tiene que cesar un poco, no te preocupes. —Me levanté para salir—. Ah, y deja la moto ya, queda totalmente prohibida.

—Tranquila, hoy he venido en taxi, veré si le pido a Judith que me acompañe a las demás citas. Gracias, Miranda.

Me despedí de ella y salí al mostrador a pedir las siguientes citas. Con suerte, después de

diez minutos como mucho estaría fuera. Iría a comer con mi madre, la echaba de menos y me hacía ilusión contarle que iba a ser abuela; su primer nieto. Ya me la imaginaba llorando mientras tocaba mi barriga, era toda una dramática.

Cuando acabé de coger todos los papeles de la cita, salí del centro de salud y cogí un taxi de nuevo, con la tontería se me iba a ir un pico en trayectos. Le dije la dirección de mi madre y, en una media hora, estaba subiendo en el ascensor para verla. Toqué el timbre un par de veces y mi madre me abrió. Al verme, se sorprendió, pero inmediatamente me dio un efusivo abrazo y un beso; tan amorosa como siempre.

—Hola, mami. —Le devolví el beso.

—Hola, mijita. ¿Cómo has estado? Te extrañé, mi amor —dijo cogiendo mi brazo para llevarme a la cocina y servirme el desayuno, ya que aún no había probado bocado.

—Ya sabe mami, con el trabajo no tengo tiempo de nada, pero ahora tendré más...

—¿Por qué? ¿Te han despedido? —Enseguida se preocupó, mas yo negué con una sonrisa—. ¿Entonces? ¿Qué pasó, mi vida?

—Pues que estoy de baja —comencé a decir.

Su ceño fruncido era del todo cómico y me aprovecharía de ese desconcierto para burlarme de ella un poquito, pero sin molestarla demasiado, que mi madre era amorosa, pero también tenía el carácter del mismísimo Lucifer.

Me tocó la frente para comprobar si tenía fiebre y eso hizo que me riera aún más. Me hizo abrirle la boca para mirarme la garganta; toda una profesional. E hizo que me levantara y que cerrara los ojos. Mi madre siempre fue así, desde que tenía uso de razón, ella comprobaba todo lo que el médico hacía por adelantado, así, cuando llegábamos a la consulta, ella ya iba preparada para cualquier contratiempo.

—Para, mami —me quejé—. Estoy bien, solo un poco hinchada. —Me señalé la barriga. Sus ojos se clavaron en mi pequeño vientre y abrió los ojos con dudosa emoción.

Sin embargo, antes de confirmarle lo que ella ya se imaginaba, se acercó a mí y posó sus manos ahí, tocando con delicadeza a la vez que dos lagrimones le caían por sus delicadas y arrugadas mejillas. Me pegué a ella y la abracé.

—Vas a ser abuela —le dije al oído emocionada, ahora sí lloraría como una auténtica Magdalena.

—Ay, mi pequeña, mi hermosa hija me dará un precioso nietecito.

—O nietecita —la corregí—. Aún no lo sabemos, pero Judith y yo creemos que es una niña.

—¿Ya lo sabe Judith? —Asentí—. ¿Me has dejado para la última, pendeja? —Solté una carcajada, ya estaba doña Dora sacando la latina que llevaba dentro.

—Ya, mami, no te pongas así. Ya sabes que Judith y yo somos como hermanas. Además, se lo conté anoche, así que no te creas que has sido la última.

—Bueno, ya sé, sois hermanas. No pasa nada, hija, estoy tan feliz que por hoy te perdono todo. —Me abrazó de nuevo—. No sabes cuán emocionada estoy, me hace mucha ilusión ser abuela, aunque sea siendo yo tan joven. —Le sonreí.

—No seas coqueta —la regañé.

Nos sentamos a desayunar, ella tampoco había comido aún. Me preparó unas arepitas con queso que me supieron a gloria, siempre que venía a su casa me hinchaba a comer comidas típicas de Venezuela. Me aprovechaba en estos momentos, después, al volver a la soledad de mi casa,

comía lo primero que pillaba en la nevera; comía mejor cuando estaba Judith, pasábamos la mayoría de los fines de semana en casa y hacíamos comidas más caseras en vez de algo rápido. Nadie lo diría siendo yo cocinera, debería comer mejor, pero era tal el cansancio que no tenía ni ganas de cocinar y mucho menos para mí sola.

Pasé el día completo con mi madre, me hacían falta sus mimos, sus consejos. Me preguntó varias veces por el padre de mi bebé, pero en todas le dije que para eso no estaba preparada, que ya se lo diría en otro momento. No quería que me juzgara o que se enfadara por utilizar a Jesús como padre postizo para que no se enterase él.

Sobre las siete de la tarde, me fui a mi casa. Mientras iba en el taxi, le mandé un mensaje a Judith, necesitaba hablar con ella, tener una noche de chicas, necesitaba lo que teníamos antes, lo que perdimos al tener ella su nueva vida. No era que hubiera perdido a mi amiga, solo la tenía un poco más lejos y no nos veíamos como antes. Enseguida me respondió con un SÍ en mayúsculas, ella también necesitaba de esas conversaciones hasta altas horas de la noche bebiendo vino, bueno, yo zumito o agua, ya no podía beber.

Cuando llegué a mi casa y me puse cómoda, eran casi las nueve de la noche, así que llamé a la pizzería para pedir lo de siempre, una *pizza* familiar cuatro quesos para Judith y para mí. No pasaron ni diez minutos cuando tocaron el timbre.

—Joder, qué rapidez, cada vez tarda menos la *pizza* —dije abriendo.

—¿Hablando sola? —preguntó Judith entrando.

—No, es que he pedido nuestra *pizza* y pensaba que eran ellos, me parecía demasiado pronto, solo hace diez minutos que la he pedido. —Me reí.

Desde que había visto a mi madre, me sentía mejor, más calmada y, sobre todo, lo asimilaba más, cosa que me estaba costando horrores.

—¿Cómo estás, cariño? —dijo con vocecita boba.

—Bien.

—No te lo decía a ti, no te creas el centro del universo. Te recuerdo que, a partir de este momento, pasas a segundo plano, ahora los mimos irán para mi sobrinita. —Se agachó para hablar con ella.

Verla hablándole a mi barriga fue del todo cómico, parecía una loca y ponía caras raras como si la niña la estuviera viendo. Dios, me esperaba un embarazo muy largo con la familia que tenía.

Se levantó y ambas fuimos a la cocina para coger los vasos y bebida, la *pizza* estaba a punto de llegar. Dicho y hecho, cinco minutos después teníamos al repartidor en la puerta. Fui a pagar, pero Judith no me dejó. Siempre me hacía lo mismo. Nos sentamos en el sofá, poniendo todo en la mesa de centro, siempre que estábamos solas comíamos ahí, ¿para qué íbamos a preparar la mesa grande si podíamos comer en la pequeña? Era la pregunta que siempre hacía ella, no sabía cómo estaba con Héctor teniendo tantas manías.

Pasamos la cena riéndonos de cosas que le habían pasado a ella desde que se fue a vivir con Héctor. Su amor fue tan rápido como el que yo sentía por el estúpido de Hugo, suerte que a ella le había ido mejor y era correspondida hasta el punto de querer vivir juntos para el resto de su vida.

Tenían muchas manías los dos y nunca habían vivido con personas que fuesen iguales a ellos, ahora tenían que aprender el uno del otro. Pero me gustaba verla tan feliz, se merecía toda esa dicha y mucho más, ambos se la merecían. Solo esperaba encontrar algún día un amor tan bonito como el que ellos tenían.

CAPÍTULO 5

Hugo

Llegaba tarde, como siempre. Héctor me echaría la bronca, aunque fuera por teléfono. Desde que me había hecho cargo de mi parte de la empresa, me atosigaba y precisamente por eso no quería coger las riendas de mi vida de este modo, yo no era como él y jamás lo sería. Me había venido a Londres para pasar página, para hacer otra cosa, no para que mi hermano me dijera que tenía que trabajar con él, mano a mano. Aun así, no podía negar que se me daba de puta madre, suponía que lo llevaba en los genes; el don de gentes y la cara dura que tenía me ayudaban muchísimo.

Ya llevaba en este lugar varios meses, los mismos en los que no había hecho más que martirizarme por haberme alejado de Madrid, de ella. Nunca en mi vida me había sentido así, jamás una mujer había conseguido hacerme perder la cabeza y fue ese el motivo por el que decidí seguir con mi vida, solo. No estaba preparado para lo que se me presentaba, lo que ella me ofrecía, no me merecía todo aquello y ella lo sabía, ambos lo sabíamos. Ahora no podía más que desear que fuese feliz, aunque no fuera conmigo.

Sobre las ocho de la mañana ya estaba entrando en el trabajo, mi hermano siempre lo tuvo claro, yo tenía que ser responsable, ya no era un niño y no podía seguir dando bandazos como un adolescente. Con casi veintiocho años, no había terminado la carrera, no me llenaba, aunque ¿qué lo hacía? «Ella», respondió mi mente por mí, como siempre, como si tuviese vida propia. Estuve tentado de volver, de buscarla e incluso de llamarla, no lo hice y no había día que no me arrepintiera.

Los días en el trabajo se me hacían eternos, insufribles, no tenía la certeza de que fuese por el desempeño, sino por el lugar; aunque estaba donde quería, o eso creía yo, no me llenaba.

Al llegar a la oficina, me senté en mi silla, escondido de todos. Por el amor de Dios, era el jefe y siempre me escondía, ¿y por qué lo hacía?, ni pajolera idea, pero así era mi día a día. Llevaba una semana sin hablar con Héctor y eso, para ser él tan pesado, me resultaba inquietante. Lo llamé sobre las nueve de la mañana y no me lo cogió, mucho más raro. Estaba seguro de que pasaba algo, pero ¿qué?

Seguí trabajando, al menos así me olvidaría de mi hermano un rato.

—Pensé que no vendrías hoy —dijo Tania al entrar.

Mi ceño se frunció al comprobar que había entrado sin pedir permiso y me molestó bastante.

—Creo que se toca antes de entrar, no porque te acuestes con el jefe tienes derecho a tomarte este tipo de confianzas —mascullé.

—Lo siento, Hugo. Pensé que no estabas, por eso entré así —se disculpó sentándose frente a mí.

Yo seguía sorprendido por su actitud, ¿en qué momento dejé que hiciera estas cosas? Alcé una ceja, levantándome de mi silla, y me acerqué a ella. Pensó que la saludaría con un beso, como si fuésemos novios. La cogí del brazo, la saqué de mi despacho sin mencionar ni una palabra y cerré la puerta en sus narices. Lo que faltaba.

Unos segundos después, escuché dos toques en la puerta y le di permiso para entrar.

—Señor Castillo, ¿puedo pasar?

—¿Qué necesita? —respondí secamente.

No estaba de humor, el que mi hermano no me hubiese llamado en días y no me respondiese a la llamada no hacía más que incrementar mi deseo de coger un avión y plantarme en Madrid, pero eso sería lo último.

—Tiene una reunión a las once con el dueño de los viñedos Moretti, como sabe, ha sido muy complicado conseguir esta cita con este señor, es muy...

—Muy nada, es un empresario prestigioso con una agenda apretada, nada más —la corté para salvarle el culo, pues Axel Moretti estaba detrás de ella. Me acerqué para saludarlo—. Señor Moretti, bienvenido a la empresa Castillo, está en su casa.

Tania se dio la vuelta roja como un tomate, no se esperaba que este hombre fuese tan puntual, tanto que llegó una hora antes. Lo dirigí a la sala de juntas, donde mi secretaria, Josephine, ya tenía todo preparado; era muy aplicada y la mejor de mis empleadas. En cambio, Tania era un poco desastre, estaba muy buena y lo pasábamos bien follando, pero un desastre, al fin y al cabo.

—¿Qué me ofrece su empresa para que yo mande mi vino desde la Toscana? —se interesó Moretti con desdén, era un hombre muy serio y el empresario más despiadado a la hora de hacer negocios, no se conformaba con cualquier cosa.

—En realidad, no tendrá que transportar su vino hasta aquí ni a España, nuestra idea es inaugurar un restaurante allí. —Sus ojos se abrieron sorprendidos, no se esperaba mi propuesta.

—¿Cree que es factible? —Su incredulidad no me hizo mucha gracia. Estaba claro, por supuesto, que era factible.

—Afirmativo, siempre y cuando contemos con su ayuda.

Le expliqué los pormenores y en un principio no se comió ni un poco lo que le dije, era un hueso duro de roer, pero, tras dos horas insistiendo y exponiéndole cómo se haría y todo lo que teníamos en mente, me dijo que lo pensaría durante veinticuatro horas, ni una menos. Después de esa aclaración, se levantó y se largó. Era un tipo taciturno; capullo era un mejor calificativo para él.

Lo que quedó de día me lo pasé en mi despacho, entre papeles, llamadas y unos cuantos *e-mails*; no me quitaba de la cabeza que mi hermano seguía sin dar señales de vida. ¿Habría pasado algo con mi madre? Ya me estaba preocupando y no quería tomar la decisión de llamar a mi cuñada, ella y yo aún no nos llevábamos demasiado bien, pero la pequeña Robles se las gastaba y yo no estaba para aguantar a nadie que se quisiera meter en mi vida, faltaría más. Como al final de la tarde, cuando ya había decidido que era hora de largarse, seguía sin recibir un triste mensaje, cogí el móvil para llamar a Judith. Marqué su número, no lo tenía guardado en la agenda, lo apunté en una libreta por el simple hecho de que mi hermano me obligó con el fin de tener contacto con ella para cualquier cosa, qué estupidez, como si yo quisiera tener con ella una conversación. Tras unos tonos, me respondió.

—¿Diga?

Vaya, ella tampoco tenía mi número, estaba claro que el amor era recíproco.

—Hola, pequeña Robles. ¿Cómo estás? ¿A que me echabas de menos?

Me burlaría de ella un ratito, total, íbamos a discutir de todos modos.

—*Hombre, pero si es el capullo de mi cuñado. Pues estaba bien hasta que te atreviste a*

llamarme. *¿Cómo tienes los santos huevos de hacerlo?*

—Wow, qué borde, cuñadita. No es por nada, pero creo que mi hermano no te da lo...

«¡Héctor, tu hermano!», la escuché gritar antes de que pudiese terminar la frase, cómo me conocía. Esperé unos segundos hasta que la vocecita de mi hermano mayor se escuchó al otro lado, tan simpático y cariñoso como siempre. Así daba gusto llamar a la familia, entre él y mi cuñada estaba que me sobresalía el amor por todos lados.

—*¿Qué quieres? Si ves que no te respondo, es porque no puedo y si no te llamo, es por la misma razón. ¿Qué te hace pensar que puedo hablar contigo ahora?*

Estaba claro que algo le pasaba, pero tampoco tenía que pagarlo conmigo, no le había hecho nada... aún. Me quedé en silencio unos minutos hasta que las palabras volvieron a mí y pude gritarle lo gilipollas que era. *¿Qué cojones le pasaba?*

—*Tranquilo, Hugo. No te pases.*

—*¿Que no me pase? No te pases tú. Te has tirado una semana sin darme por culo y cuando te llamo no me contestas. Está claro que te pasa algo, nada más hay que escuchar cómo me hablas.*

Sin recibir respuesta, me colgó.

—*¡En serio!?* —grité pegándole una patada a la silla.

Cogí mis cosas y salí del despacho para irme, estaba hasta los huevos de todo. Un día de estos, dejaría toda esta mierda y me largaría lejos, muy lejos, donde nada ni nadie pudiera alcanzarme. Había días que era mejor quedarse en casa y que todo el mundo se fuese a la mierda.

Al salir, me encontré con la cara de Tania, me sonreía como siempre que tenía ganas de pasar la noche conmigo, y lo haría, pero no esta noche, no estaba de humor para estar con nadie, aunque se me plantase delante desnuda y con sed de sexo, mucha sed. La esquivé y me despedí de ella con un escueto hasta mañana, era lo mejor.

Iba en el coche en dirección a mi apartamento, pero me entraron ganas de tomarme una copa, así que, tras aparcar en el aparcamiento de mi edificio, fui caminando hasta el bar que había a dos calles. No lo frecuentaba demasiado y, cuando lo hacía, siempre iba solo. Había momentos en los que necesitaba soledad, pensar en mis cosas, en mi vida o, simplemente, dejar la mente en blanco. Era difícil hacer esto último, nunca lo conseguía, pues siempre que lo intentaba, una morenita se instalaba en mi mente como si fuese la dueña de mis pensamientos.

Me senté en la mesa más apartada y pedí un *whisky* solo, aunque, tras bebérmelo de un sorbo, tuve que pedirle la botella completa, la noche iba a ser larga, muy larga. En realidad, siempre era así, no había una noche en la que yo terminase durmiendo como un bebé sin necesidad de beber, era imposible y nunca lo había conseguido en los meses que llevaba aquí.

Enseguida me vino a la cabeza mi hermano y su actitud, algo me decía que algo no iba bien, ya fuera con él, con mi madre o... pensé en ella. No, con ella seguro que no era, si así fuera, mi hermano me lo diría, ya que, supuestamente, él no sabía de mis sentimientos hacia ella, al menos, no los correctos. La realidad era que la amaba, que me había enamorado de ella como un auténtico capullo y que había sido un cobarde al largarme sin decirle mis sentimientos. ¿Por miedo? Tal vez. ¿Porque era un cabrón que no era capaz de estar con una sola mujer? Posiblemente. Aunque yo creía que era porque no me sentía suficiente hombre para Fernanda.

Llevaba más de media hora en el bar cuando mi móvil sonó, era un mensaje de mi hermano. En un principio no quería leerlo, ¿para qué? Apostaría lo que no tenía por que sus palabras eran más hirientes. Dejé el móvil en la mesa y lo miré, más de una vez, en realidad, creo que no dejé de hacerlo en ningún momento, hasta que lo cogí y leí el mensaje. Lo leí dos, tres y necesité de una cuarta vez para cerciorarme de que era eso lo que ponía. «No, no puede ser verdad», pensé a la vez que soltaba el teléfono de mala manera y me bebía otro trago.

Héctor: Hermano, siento lo de antes.

A veces no puedo decirte ciertas cosas delante de Judith.

Y te aseguro que quería llamarte, pero no me atrevía.

Fernanda está embarazada.

Llámame mañana y te cuento todo.

CAPÍTULO 6

Fernanda

Tiempo después

Tras esa noche que pasamos Judith y yo juntas, pasaron varios días en los que no supe nada de ella. Estaría trabajando, ocupada o yo qué sabía. La cuestión era que hablamos mucho, más de la cuenta, y me confesó que estuvo a punto de contarle a Héctor que iba a ser tío, pero se contuvo por la promesa que me hizo. Se lo agradecí, sabía que podía confiar en ella ciegamente, aunque también me sentía mal por ponerla en ese compromiso; llevaba muy poco tiempo con su novio como para empezar ya con las mentiras y esta era de las gordas. Al final, sería yo misma quien le confesara a Héctor la verdad, solo por no hacerle daño a ella.

Quedamos otra noche para cenar, Judith tenía una noticia que darnos y yo la sentía tan feliz que no pude negarme. Cuando llegaron, venían con una sonrisa de oreja a oreja y Jesús y yo nos miramos, expectantes a sus palabras. Al final, nos dijeron que se casarían, Héctor se lo había pedido por la mañana. Enseguida la abracé, me alegraba mucho por ella, su felicidad era la mía. La noche fue de celebración y ya estábamos locos porque llegase el día de la boda.

Pasó una semana y otra y así hasta que llegó la cita de la ecografía; yo sabía que estaba de cuatro o cinco meses, no lo sabía exactamente, pero haciendo las cuentas del último periodo, me salía así. Le pedí a Judith que me acompañase, ya que Jesús tenía que hacer varias compras para la tienda, le estaba yendo tan bien que el trabajo lo absorbía demasiado y casi no nos veíamos. Menos mal que no era el padre verdadero que, si no, ya hubiésemos tenido un problema.

Sobre las doce de la mañana, Judith vino a recogerme en su coche, me mandó un mensaje anunciándome su llegada y bajé enseguida tras terminar de ponerme los zapatos, cosa que me costaba horrores.

—Vamos, gorda, que pareces que te pesa el alma en vez de la barriga —mencionó Judith en cuanto me vio salir del portal.

—¿Tú sabes lo que es llevar esta bartola las veinticuatro horas del día? Me duele el alma, literalmente —respondí tocándome el vientre.

—No seas exagerada, ni que llevases dentro un hipopótamo. Además, no te metas con mi sobrina, que seguro que es la cosita más pequeñita y preciosa de este mundo. —Me tocó haciendo carantoñas como si el bebé la estuviese viendo.

Judith era un caso serio y tenía miedo a cuando naciera, iba a ser la tía más pesada de este mundo, aunque también la más cariñosa, amorosa y pegajosa.

Riéndonos por su cara cómica, arrancó el vehículo. Por el camino me estuvo contando que Héctor y Hugo hablaban muy a menudo y que se había dado cuenta de que su novio, cuando ella estaba cerca, bajaba la voz como si no quisiera que se enterase de la conversación.

—Estás paranoica —le dije.

—No sé, algo me huele mal. ¿Y si me la está pegando con otra? —hizo la pregunta apretando el volante.

Seguramente, en su mente, veía a Héctor retozando con cualquier mujer en su cama. Me la

imaginaba entrando con un cuchillo y amenazándolos. Había que tenerle miedo cuando se enfadaba, aunque eso decía ella de mí también. Ambas teníamos mucho peligro. Sin embargo, yo me estaba convirtiendo en una blanda desde que estaba embarazada y las hormonas me habían arruinado el carácter.

—No digas tonterías —respondí tras quedarme en Babia.

—Espero que no sea eso, porque pobre de él como me esté engañando. Aun así, si no es eso, ¿qué es? ¿Por qué cada vez que habla con su hermano me huye? Estoy tentada de llamar a Hugo y averiguarlo por mí misma.

—No serás capaz —aseguré, se llevaban demasiado mal como para eso—. Ten cuidado, Judith. No vayas a meter la pata cuando empiece a sacarte de tus casillas —la advertí—. Ya sabes que hemos estado guardando el secreto, hasta ahora, muy bien.

—Lo sé, lo sé. Tranquila, que, si lo llamo, no dejaré que me manipule.

—Eso espero.

Llegamos al aparcamiento del hospital y nos bajamos. Judith me hizo entrelazar mi brazo con el suyo, como si yo fuese una anciana desvalida. Esta mujer no me iba a dejar hacer nada en lo que me quedaba de embarazo.

Llegamos a la sala de espera de maternidad, nos sentamos tranquilas y después ella se excusó para ir al baño. Me quedé sola unos minutos, los mismos que hicieron que lo recordase, aún me costaba hablar de Hugo y, por mucho que me hiciera la dura, me dolía en el alma no poder decirle que iba a ser padre. Inmediatamente, saqué el móvil de mi bolso y, tras desbloquearlo, busqué en la agenda su número. Quería llamarlo, hablar con él. Quería, al menos, escuchar su voz y, a ser posible, gritarle que era un cobarde. Quería hacer demasiadas cosas, pero duró muy poco ese deseo, Judith llegó y me quitó el móvil de las manos.

—No lo hagas —murmuró—. Sé que está siendo duro y que aún te queda lo peor, pero yo estaré contigo siempre. Recuerda, no estáis solas. —Suspiró—. Aunque me cueste estar aquí en este momento, ya sabes lo que me duele, ya sabes el porqué. Pero si yo puedo soportar lo que más daño me hace, tú también.

Tenía razón, siempre la tenía. Había estado tan ensimismada en mis cosas que no me di cuenta de lo que provocaba en ella estar en este lugar. Ella nunca iba a estar aquí sentada, esperando a ser llamada para una ecografía donde conocería a su bebé. Nunca podría y me sentía mal por ella, muy mal. La vida era injusta, le daba hijos a mujeres inconscientes que los maltrataban o abandonaban, pero no a las que los adorarían y darían la vida por ellos.

—¿Has pensado en adoptar? —solté de pronto, ella me miró con el ceño fruncido—. Lo siento, ha sido un lapsus tonto. —Negó con una sonrisa—. Ah, ¿no?

—No, la verdad es que nunca me lo había planteado. Es cierto que Héctor y yo no hablamos de este tema, no aún. Llevamos muy poco tiempo para eso, pero no es una mala idea —afirmó sorprendiéndome.

—Pensé que te molestaría lo que te he dicho, ya sabes que cuanto menos te saque el tema, mejor. Sé lo que has pasado y no me gustaría verte sufrir de nuevo.

—Tranquila, Fernanda, de verdad. No sabes lo feliz que me siento por poder vivir contigo esta experiencia. Siempre me imaginé a las dos con nuestros hijos, pero no tienen por qué ser míos, yo seré feliz por los tuyos porque serán míos también. Somos hermanas. —Me abrazó y yo ya estaba llorando como una estúpida.

—Putas hormonas —susurré.

—Esa boquita, no digas palabrotas delante de mi sobrina —me regañó.

En ese momento, escuché mi nombre y la enfermera, al ver el percal, se echó a reír. Nos hizo entrar en la consulta mientras nos contaba alguna que otra anécdota. Llevaba demasiado tiempo trabajando ahí y había visto de todo, hasta divorcios. Judith y yo nos miramos con los ojos bien abiertos y soltamos una carcajada; era simpática la enfermera.

—Pasen, el doctor Sosa, llegará ahora mismo —anunció saliendo de la consulta.

—¿Doctor? Pensaba que era una mujer.

—¿Qué pasa? Es solo un doctor. —Tocó mi mano—. ¿Te da vergüenza que un hombre al que no conoces de nada vea lo que escondes debajo de la ropa? —Asentí—. ¿En serio? Vamos, Fernanda. Ya deberías de estar acostumbrada.

—¿Me estás llamando puta? —Le pequé un manotazo en el brazo justo cuando la puerta volvía a abrirse y entraba el doctor.

Se sentó en su silla, nosotras nos habíamos quedado calladas y quietecitas, además de muy avergonzadas, al menos yo. Seguro que me había escuchado llamar puta a Judith.

—¿Fernanda Rodríguez? —preguntó leyendo el informe.

—Yo —afirmé.

El doctor Sebastián Sosa, como había leído en la tarjeta que colgaba de su cuello, levantó la mirada y nos quedamos en silencio unos segundos. Era bastante atractivo y más joven de lo que me creía que podía ser; moreno, ojos negros y alto. No estaba mal. Me fijé en sus manos, siempre lo hacía, era como una especie de fetiche que tenía; estas estaban bien cuidadas, además de ser grandes.

Sentí un codazo en mi brazo, pues el doctor me estaba hablando y lo estaba ignorando por completo.

—Sí, lo siento.

—Le decía que fuese a la camilla. He visto que es la primera ecografía y, por lo que puedo observar, está ya de unos cinco meses. ¿Puedo saber el motivo por el que no ha venido antes? —preguntó con seriedad.

—Es que me enteré hace poco.

—Bueno, poco —intervino Judith.

Sebastián nos miraba de hito en hito, como si estuviera viendo un partido de tenis. Habíamos empezado a discutir el motivo por el que no había ido antes a hacerme la ecografía.

—Bueno, no pasa nada, tranquilidad. Seguro que su pareja no lo decía para molestarla.

Judith y yo nos miramos y soltamos una carcajada, había pensado que éramos novias. El doctor nos miraba incrédulo, seguramente, estaría acostumbrado a ciertos espectáculos y por eso no se lo estaba tomando a mal, aun así, no podíamos parar de reírnos en su cara y eso tenía que molestar a cualquiera.

—No. —Volví a reírme—. No somos pareja.

Me costaba hablar por la risa, me había provocado tanta gracia que no podía parar.

De pronto me di cuenta de que era la única que se estaba riendo, Judith se había calmado ya y yo parecía una loca. Me quedé callada, obligándome a no volver a carcajearme en sus caras.

Él me miró y noté como me sonreía, apostaba a que quería reírse también, pero no se atrevía por el mero hecho de tener que ser lo más serio y profesional posible. Sin decirle nada, me

levanté y caminé hasta la camilla. El doctor vino detrás y me pidió que me levantase la camisa mientras él me bajaba un poco el pantalón para dejar al descubierto la barriga. Por un momento, me puse nerviosa, aunque me relajé enseguida.

—¿Cómo se llama su...?

—Hermana —terminé por él—. Judith.

—Judith, puede pasar.

Unos segundos después, la tenía a mi lado agarrándome la mano como si estuviera a punto de parir.

—¿Preparadas? —Ambas asentimos—. Vamos allá —anunció echándome el gel transparente en la barriga—. Veamos —murmuró.

Judith y yo no podíamos apartar la mirada de la pantalla, Sebastián estaba concentrado en las medidas y fechas y mis ojos se llenaron de lágrimas en cuanto me señaló la pantalla para decirme que ahí estaba, que esa manchita era mi bebé.

—Al parecer, está de dieciocho semanas, cuatro meses y medio para que nos entendamos. —Asentimos.

—¿Se puede saber el sexo? —preguntó Judith con un nudo en la garganta.

—Creo que sí, espero que nos deje ver. Se mueve mucho.

—Sí, está todo el día, no me deja ni dormir.

—Es muy inquieta —afirmó.

—¿Eso significa que es una niña? —pregunté en un hilo de voz, estaba muy emocionada.

—Así es.

—¡Te lo dije! —exclamó Judith.

Me dio un beso en la mejilla, la felicidad era tan grande que las lágrimas no paraban de salir. Daba igual que fuera de risa o de emoción, la cuestión era llorar.

El doctor nos preguntó si queríamos escuchar los latidos del corazón y aceptamos, podría jurar que era el sonido más bonito que había escuchado en toda mi vida, era demasiado perfecto.

Cuando acabamos, me dejaron sola para que me arreglase la ropa y tuve que sentarme un momento en la camilla, necesitaba estar sola, aunque solo fuese unos segundos, porque cuando me enteré de que iba a ser madre me asusté, me cabreé e incluso llegué a pensar que era un castigo por ser tan loca, y era un regalo. Hugo me había hecho el mejor regalo que se le podía dar a una mujer.

CAPÍTULO 7

Hugo

Antes

Mi hermano no podía dejarme ese mensaje en el móvil e irse a dormir tan tranquilo. ¿Fernanda embarazada? Seguro que era una broma, si fuese así me lo habría contado ella, porque era mío, ¿no? A no ser que no lo fuera y, si eso era así, me jodía muchísimo, aunque no debería; ella era una mujer libre y yo me fui, la dejé, abandoné lo que estaba empezando. Además, Fernanda poseía una belleza que podría volver loco a cualquier hombre con dos dedos de frente. «Claro, por eso te fuiste tú, capullo», mi mente dejándome como un auténtico gilipollas, y era la realidad, había sido un gilipollas por irme.

Por la mañana, me levanté sin darle tiempo al despertador, apenas había pegado ojo en toda la noche, solo pensando en ella y su embarazo.

—¿Y si la llamo? —me pregunté—. No te lo va a coger. ¿Qué mujer en su sano juicio lo haría después de largarte así? Ni siquiera me despedí, me fui sin más.

Me metí en el baño para darme una ducha y comenzar mi rutina, la jodida rutina que no había elegido. Obviamente, no estaba en este trabajo por obligación, a mí nadie me obligaba a hacer algo que no quisiera, pero mi hermano me necesitaba y, como él decía, era hora de madurar. Sin embargo, aún seguía sin llegar a conseguirlo, porque... ¿qué era madurar? Era una simple palabra que nada tenía que ver con la persona que era hoy en día. Para mí madurar era sentar la cabeza con alguien, tener hijos y «ser feliz», pero ¿era eso lo que quería, lo que queríamos todos? Yo siempre iba a ser un hombre inmaduro, porque, para mí, ser así no era sinónimo de pasar de todo, simplemente, pensábamos de diferente manera.

Al terminar de arreglarme, fui a la cocina para tomar un café antes de irme. Puse la cafetera y me tosté pan, ya que el día iba a ser largo como para tener el estómago vacío. Me serví el café y justo cuando iba a tomar el primer sorbo, mi móvil comenzó a sonar. Dejé la taza en la encimera y salí corriendo en su busca, aún lo tenía en mi habitación.

—¿Sí?

—*Soy yo, Hugo.*

La voz de mi hermano estaba al otro lado del teléfono y me puse nervioso al instante, como si tuviera que darme una mala noticia.

—*¿Estás ahí?*

—Sí, sí, aquí estoy.

—*¿Podemos vernos?*

Fruncí el ceño, ¿vernos? ¿Cómo íbamos a vernos?

—*¿Dónde estás?* —le pregunté confundido.

—*Estoy en París, bueno en el aeropuerto. Tengo una reunión en una hora y luego tengo toda la tarde libre, puedo ir a Londres y comer juntos. Prefiero que lo que vamos a hablar sea en persona.*

Su aclaración no hizo más que ponerme nervioso. Estaba seguro de que lo de Fernanda no

acababa ahí, tenía la certeza de que mi hermano sabía quién era el padre y, si era otro, significaba que Fernanda me había estado engañando. Negué desechando esa idea estúpida, solo estuvimos juntos tres días y en ese tiempo no dejamos de hacerlo, parecíamos conejos.

—Está bien, nos vemos después.

Me despedí de él y colgué. Los nervios iban a acabar conmigo, era demasiado para soportar y me daban ganas de ir a Madrid y preguntárselo yo mismo. Sentí que me iba a perder algo muy importante, que ella iba a rehacer su vida con otro. Sentí tantas cosas. Me senté en la cama a la vez que la recordaba, que se proyectaba en mi mente el primer momento que nos vimos en aquella discoteca.

Mi hermano no estaba por la labor de salir, menos mal que lo había convencido. Aunque claro, de saber que Elena también iba a venir, se negaría rotundamente y no lo culpaba. ¿Quién aguantaba a esa mujer?

Llegamos y comenzamos a beber, mi hermano había ido a la barra, pues llegaba tarde y no tenía aún una copa. Lo miré para comprobar si ya había terminado cuando lo vi tensarse mientras sus ojos se clavaban en la entrada. Hice lo mismo, miré para averiguar a quién miraba y la vi; era Judith con otra mujer, una muy guapa. Inmediatamente, caminé hasta mi hermano para verla más de cerca, me había quedado alelado por ella y la estaba viendo de lejos.

—Creo que la noche será divertida —declaré cuando ya estaba al lado de Héctor.

No me respondió, solo podía mirar a la pequeña Robles y no lo culpaba, era preciosa, pero como un grano en el culo. No era que no la soportara, solo que me gustaba sacarla de sus casillas, nada más. Era divertido ver cómo se ponía roja del cabreo.

Aproveché el momento en el que la acompañante de Judith se alejaba para acercarme a ella y molestarla.

—Vaya, vaya, pequeña Robles, lo que es el destino, aquí estamos de nuevo cara a cara. ¿Quién es tu amiguita? ¿Me la presentas?

—Para mi desgracia nos estamos viendo en un mismo día tres veces. ¿Acaso me estás siguiendo? —preguntó—. Ah, ni de coña te presento a mi amiga, para que le jodas la noche con tu impertinente presencia. Mejor no —escupió alejándose de mí, aunque había poco sitio para escapar.

—Venga va, yo te traigo a mi hermano, que está loco por hablarte, y tú me presentas a...

—Toma, Judi. —La voz de ella nos interrumpió.

Me quedé bloqueado, no podía decirle nada. De cerca era aún más preciosa y su voz... era jodidamente sexi.

Sin poder entablar una conversación, me alejé para volver con mi hermano, que, a decir verdad, tampoco dejaba de mirar a Judith.

Sonreí al acordarme de aquella noche, en la primera toma de contacto parecía un adolescente hormonado.

Me obligué a dejar de pensar en ella para irme a trabajar, si seguía así, llegaría tarde y acabaría recordando cuando hacíamos el amor, cuando acariciaba su cuerpo y besaba cada centímetro de su piel. Era como tocar el cielo y el infierno a la vez.

Cogí mis cosas y me fui al trabajo, conduje rápido, la adrenalina de pasar de los kilómetros permitidos me ayudaría a olvidarme de ella. No era un loco de la carretera, pero a veces

necesitaba hacer ciertas cosas que me provocaran un sentimiento completamente diferente a lo que sentía por ella.

Pasé la mañana entre papeles y videollamadas. El restaurante en la Toscana se abriría y eso me hacía feliz, al menos, algo salía bien. Axel Moretti era un hombre crudo, pero el dinero le gustaba a todo el mundo y él sabía que, con esta propuesta, iba a ganar y mucho.

Sobre las dos de la tarde, me levanté para irme. Le mandaría a mi hermano la ubicación del restaurante donde íbamos a comer. Sí, era una gilipollez llevarlo a otro en vez de a uno nuestro, pero no quería que los empleados se sintieran agobiados con nuestra presencia, me daba cuenta de que trabajaban peor por los nervios. El trabajo estaba tan complicado que, cuando los llamaba para cualquier renovación de contrato, creían que los íbamos a despedir.

Cuando estaba saliendo de mi despacho, Tania me interceptó haciéndome entrar de golpe. Sus labios besaron los míos con brusquedad y metió una de sus manos en mi pantalón.

—Eh, Tania, para —le pedí agarrando su mano para sacarla de ahí. Me miró incrédula—. ¿Qué coño haces? Te he dicho mil veces que aquí no quiero este tipo de cosas.

—¿Qué te pasa? Estás muy raro y hace días que no me buscas. ¿Ya no te gusto? —manifestó separándose unos milímetros de mi cuerpo.

—No es eso, pero tengo muchas cosas en la cabeza y, que yo sepa, nunca te he dicho que seamos algo más como para que me recrimines. No quiero tener una relación seria contigo, Tania. Lo entiendes, ¿verdad?

—Claro que lo entiendo, pero pensé que con el tiempo cambiaría algo entre nosotros. —Agachó la cabeza—. Pensé que llegarías a enamorarte de mí.

—No me puedo enamorar de nadie —sentencié dándome la vuelta—. Yo ya...

—Estás enamorado de otra persona, ¿verdad? —No le respondí—. No importa que no me respondas, tu silencio ya lo ha hecho por ti.

Me di la vuelta para mirarla a los ojos, no quería hacerle daño, era una buena mujer. A veces me enfadaba lo cabrón que podía llegar a ser y otras me daba cuenta de que era así por culpa de que no aceptaba la realidad, y esa era que me había enamorado de Fernanda. Nunca creí que alguien pudiera conseguirlo, ella lo hizo sin gran esfuerzo y en menos de una semana. ¿No era de locos? Toda mi vida huyendo del amor, de los compromisos, y ahora me veía queriendo estar solo con una.

—Lo siento —le dije a la vez que cogía mis cosas y me iba.

Salí de la empresa decidido a no darme la vuelta, decidido a saber más de ella, aunque me doliese en el alma lo que mi hermano me iba a decir. No podía dejar de pensar en que estaría con otro, que iba a tener una familia y que yo podría haber sido quien lo compartiera con ella.

El restaurante estaba alejado del centro de Londres, era un lugar que solía visitar cuando me sentía agobiado, siempre venía solo y solo me quedaba.

Media hora después, mi hermano llegó a mi mesa, me saludó con un apretón de manos, como si fuéramos dos desconocidos; otra cosa que era por mi culpa, nunca había dejado que me abrazara. Qué estupidez la mía.

—¿Cómo estás? —me interesé—. ¿Sabe Judith que estás aquí? —Negó con la cabeza.

—No me he atrevido a contarle nada, solo sabe que tenía una reunión en París.

—¿Tan pronto y ya con mentiras? La pequeña Robles te pateará las pelotas. —Héctor soltó una carcajada dándome la razón.

—No la molestes o te lo hará a ti.

—Ayer casi le da un infarto cuando la llamé —declaré, era muy cómico—. Me cae bien — dije siendo totalmente sincero—. Es cierto que me gusta meterme con ella, pero porque me gusta sacarla de sus casillas.

—Es bueno saberlo —respondió con una sonrisa.

Hacía tiempo que no veía a mi hermano tan feliz y eso solo lo había conseguido la pequeña Robles, por mucho que me molestase al principio, tenía que agradecerlo. Mi hermano había pasado por mucho y no lo decía en el ámbito emocional, sino familiar. Se había tenido que hacer cargo de la empresa, teniendo que dejar lo que a él más le gustaba y yo, en vez de ponérselo fácil, no hacía más que joderle.

—Pero no se lo digas, no quiero que se crea con el poder de molestarme ella a mí.

Nos quedamos callados unos segundos, parecíamos dos desconocidos y éramos hermanos, ¡joder!

—Héctor, yo...

—Lo sé.

—No, no lo sabes. ¿Cómo vas a saber lo que te voy a decir si no me dejas terminar? —Iba a hablar, pero no lo dejé—. Antes de que me cuentes lo de Fernanda tengo que pedirte perdón. — Frunció el ceño—. Nunca te lo he puesto fácil, siempre con mis idas y venidas y tú haciéndolo todo solo, lo siento.

—No pasa nada, hermano. Pero quiero que sepas que todas las veces que te regañaba como si fuera tu padre era porque me preocupaba por ti, solo quería que madurases, que miraras por tu futuro en vez de pensar en meterla cada noche en una mujer diferente. No te digo que te cases y tengas hijos, pero sentar la cabeza no es tan malo, te lo digo yo. —Sonrió de lado.

Nos reímos por eso, estaba claro que mi hermano follaba más que yo, pero no todo era eso, también había otras cosas.

Tras unos minutos esperando, vino el camarero para preguntar lo que íbamos a tomar y con las mismas se fue para mandar la nota a la cocina. La charla iba a ser larga, de las que siempre se sacaban cosas buenas y hacía mucho tiempo que ambos lo necesitábamos. ¿Sería que estaba madurando? ¿A esto le llamaban madurez? No lo creía, siempre iba a pensar igual, aunque con ganas tener de todo lo que mi hermano poseía.

CAPÍTULO 8

Fernanda

Estábamos en la cafetería del hospital, desayunando, hacía solo diez minutos que habíamos salido de la consulta y todavía no podía quitar mi sonrisa de la boca y Judith estaba igual.

—Pero qué bonita es —mencionó mirando la ecografía, embobada.

—Sí que lo es —respondí emocionándome de nuevo.

—Deja de llorar o no dejarás nada para cuando nazca. —Me carcajeé—. Vaya bipolaridad tenemos, chica.

—Tú, que no paras con tus ocurrencias.

Agarró mis manos y las apretó. Lo más bonito de estar embarazada era poder contar con ella, con mi hermana. No sabía qué habría hecho sin su cariño, sin esas tonterías que sacaba por la boca, sin esos guiños en la consulta al ver como el doctor me sonreía. La verdad era que lo había hecho muchas veces y era muy guapo.

Al terminar de desayunar, nos levantamos para ir a ver a mi madre, me fastidiaba que no pudiese venir con nosotras, pero tenía trabajo. Estaba segura de que, cuando le enseñase la ecografía, se pondría a llorar como una Magdalena.

Íbamos en el coche de camino cuando Judith recibió la llamada de Héctor. Como estaba conduciendo, lo puso en altavoz para poder hablar con él mejor.

—Hola, cielo —lo saludó ella.

—*Hola, cariño* —respondió él.

—Pero mira que sois ñoños —intervine yo.

—*Hola, Fernanda —habló Héctor riéndose—. No sabía que aún estabais juntas. Mejor te llamo más tarde, Judith.*

—No, no qué va. Dime, ¿qué pasa?

—*Hazme caso, después hablamos.*

—Déjalo, Judith. No ves que no quiere que yo me entere —me burlé, aunque en parte lo decía de verdad.

Judith me miró y se puso seria, ella sabía que yo era transparente y que lo había dicho de verdad. La molestó que Héctor no tuviera la suficiente confianza como para hablar con ella estando yo delante. O eso, o lo que tenía que decirle era algo que me inmiscuía de cierta manera y por eso prefería decírselo a ella personalmente para que luego hablase conmigo. Sin embargo, conociendo a Judith como la conocía, sabía que no iba a dejarlo para después, así que le insistió. Héctor se quedó callado unos segundos que parecieron horas, qué largo se había hecho ese suspiro, y me estaba poniendo nerviosa.

—*¿Recuerdas la inauguración del restaurante nuevo?*

Habló de nuevo y tragué saliva; había oído a mi amiga unas cien veces hablar de esa inauguración en la que tenían que estar todos los jefes y, cuando decía todos, eran todos, incluido Hugo.

—¿Qué pasa con eso? Es el mes que viene, ¿no?

—*Así es. La cuestión es que pensaba que mi hermano no vendría y me acaba de confirmar que sí.*

Mi amiga volvió a mirarme y, al comprobar que yo miraba por la ventana, agarró mi mano para transmitirme tranquilidad, aunque iba a ser muy difícil tener de eso, ya no sabía ni cómo se sentía el estar tranquila. No era que no quisiera verlo, de hecho, deseaba hacerlo, deseaba comprobar que seguía siendo hermoso, el hombre más guapo que había visto en toda mi vida... y el único que me había hecho sentir viva.

—Vale, no pasa nada. Es normal que venga, también es dueño de la empresa, es su trabajo. —Judith intentó quitarle hierro al asunto.

—*Eso no es todo.*

—Ah, ¿que hay más? Vaya, tu hermano cuando viene lo hace a lo grande.

—*No seas tan dura, amor. Es solo que... no quiere quedarse en casa de mi madre porque, bueno, ya sabes cómo es mi madre...*

—Tu madre es un amor y tiene el cielo ganado con vosotros dos, aunque más con tu hermano.

Eso me hizo gracia, mi amiga siempre tenía respuesta para todo. Evité seguir escuchando y casi lo conseguí si no fuera porque, además de decirle a Judith que se quedaría con ellos, comentó que no venía solo. Eso me dolió en el alma, me jodió demasiado y me arrancó el corazón de cuajo. Con razón nunca se puso en contacto conmigo, ya tenía a otra que le calentase la cama.

Se despidió de él tras gritarle que eso se lo podría haber guardado para cuando estuvieran solos, con decir que Hugo venía era más que suficiente. Le faltó llamarlo gilipollas; ah, no, lo hizo, cuando colgó, lo llamó de todo menos bonito por ser tan inconsciente.

—Tranquila, Judith, es normal que quiera que se quede en vuestra casa, es grande y tenéis habitaciones de sobra —lo excusé, no quería que se enfadara con Héctor solo porque me hacía daño saber que lo vería en un mes y con otra mujer.

—No, joder, que podría haber omitido todo lo demás. Me jode muchísimo que el capullo ese esté feliz de la vida con cualquiera y tú aquí...

—Yo aquí feliz con mi hija, Judith. No te preocupes —la interrumpí—. No merece la pena. ¿Duele? Claro, y mucho, pero no puedo evitarlo y supongo que con el tiempo todo esto que siento dolerá menos.

Aparcó frente al portal de mi madre y me miró.

—Claro que sí, cariño, y dolerá menos porque todo lo que sientes por ese gilipollas lo transmitirás a tu hija y se hará más grande, ya lo verás.

Salimos del coche a la vez que Judith recibía un mensaje, me pidió que me adelantara, tenía que hacer una llamada y estaba segura de que era Héctor de nuevo. Seguro que iba a discutir, así que la dejé sola y me encaminé hasta el piso de mi madre. Ya nos estaba esperando, íbamos a almorzar con ella y también vendría Marta, la madre de Judith.

Toqué el timbre dos veces y mi madre abrió, parecía que me estaba esperando en la puerta. Nada más me vio, me abrazó y tocó mi barriga emocionada. Iba a ser una abuela muy consentidora. Entramos y me llevó hasta la cocina para servirme un vaso de zumo de naranja recién exprimido; mi madre y sus cuidados, no la había mejor que ella.

—Tómatelo todo, mi amor —me apremió sentándose frente a mí.

—Ya, ya. —Bebía a sorbitos y ella puso su mano en el culo del vaso para obligarme a beber más—. Para, mami, me voy a ahogar.

Unos minutos después, sonó el timbre y mi madre, antes de que yo me levantase, lo hizo ella. Eran Judith y su madre, se habían encontrado y llegaron juntas. Marta, en cuanto me vio, hizo exactamente lo mismo que mi madre, Dios, ya me veía a las dos peleándose por la niña.

—Bueno, dinos ya de una vez —pidió Marta sentándose en el sofá junto a mi madre, ambas expectantes.

—¿Se lo decimos ya, Judith? —pregunté enfadándolas. Ella asintió—. Las dos a la vez. Una, dos y tres: ¡es una niña! —gritamos.

Se pusieron a saltar como locas y a besarme. De verdad, qué abuelas más locas iba a tener mi pobre criatura, entre ellas, la tía Judith y el padre postizo, íbamos a tener una familia un tanto peculiar. Mi madre sacó una botella de Champín, acto que me hizo gracia y que provocó en Judith una estruendosa carcajada.

—¿Qué? Si ella no puede beber, aquí no bebe nadie —mencionó dándole una colleja a mi hermana.

Judith rodó los ojos y fue a por las copas a la cocina. Yo la seguí, quería preguntarle si estaba bien, cuando llegó no tenía buena cara y eso no me gustaba, me sentía culpable porque parte de que estuviera así era culpa mía.

Toqué su brazo en cuanto entré en la cocina, estaba de espaldas y se asustó.

—Cualquier día me matas de un susto, ¡qué sigilosa eres, coño! —exclamó.

—Esa boca, recuerda que no se pueden decir palabrotas delante de mi hija —la regañé, recordándole lo mismo que ella me había dicho.

—Cierto, pero mi pequeña me perdona, ¿verdad, corazón? —preguntó tocándome la barriga y, como si la niña la estuviera escuchando, pegó una patada—. Ves, me perdona.

Me reí y emocioné a partes iguales, de verdad que las jodidas hormonas no me dejaban tranquila y lloraba por todo y, aunque me gustaría no llorar más, tenía que preguntarle a Judith por lo que Héctor le había dicho, porque sabía que era él quien le mandó ese mensaje antes de entrar. Me senté y la obligué para que hiciera lo mismo, ella sabía que íbamos a hablar de ese tema.

Cuando le iba a preguntar, mi madre nos llamó desde el salón para que lleváramos ya las copas, pero le grité que esperase un minuto, solo un minuto.

—Era Héctor, ¿verdad? El del mensaje. —Asintió—. ¿Te habló de Hugo? —Volvió a asentir—. ¿Puedo saberlo? —Se encogió de hombros—. Vamos, Judith, no me digas que es algo tan fuerte que no puedes contármelo.

—No es eso, es que no quiero que sufras más, Fernanda, y sé que el día que esté frente a ti será muy duro —declaró preocupada.

—Yo soy fuerte, ya lo sabes, y si él viene acompañado de otra mujer y es feliz, me alegraré, no me queda otra. Se fue de un momento a otro, no me llamó en semanas, no me buscó y no quiso saber nada de mí...

—Sabe que estás embarazada —me cortó, lo que provocó que me levantase de golpe—. Se lo contó Héctor hace tiempo, eso era lo que me tenía que decir y que no me dijo cuando estabas conmigo, sabía que te ibas a cabrear porque tú no querías que él lo supiera.

Comencé a dar vueltas de un lado al otro, estaba demasiado nerviosa, ahora más sabiendo que él ya tenía constancia de la existencia de mi embarazo, solo esperaba que no pensara que era suyo porque ahí no sabría qué hacer. Volví a sentarme y Judith se levantó para servirme un vaso de agua, me había mareado un poco por la ansiedad que me había provocado todo esto. Pero el agua

no me calmaba y el mareo persistía. No me encontraba bien, nada bien. Judith, asustada, llamó a mi madre y a la suya para que vinieran y, después de comprobar que no me recuperaba, llamaron a una ambulancia para que viniera a por mí y me llevaran al hospital. La preocupación que sentía, el ahogo, la ansiedad, todo eso me estaba provocando un miedo irremediable que no sabía cómo controlar.

—¿Qué le ocurre? —Escuché la voz de un enfermero.

—Se ha empezado a marear y a respirar con dificultad —explicaba Judith.

Me tomaron constantes, me comprobaron la tensión y yo estaba anulada completamente, como si estuviera desmayada pero consciente.

—Tiene la tensión altísima, tenemos que llevarla al hospital ya.

Me subieron a la camilla y, a partir de ese momento, ya no pude ver nada más, me quedé a oscuras; mis ojos se cerraron y solo podía escuchar murmullos y sentir movimientos a mi alrededor.

No quería que le pasara nada a mi bebé, quería verla nacer... quería poder decirle a Hugo: ella es Luna, tu hija.≤

CAPÍTULO 9

Hugo

Aún Héctor no era capaz de comenzar con la conversación que yo tanto esperaba, parecía costarle y eso solo aumentaba mi cabreo. Sí, estaba cabreado y mucho. Llegué a pensar que, si Fernanda estaba con otro hombre, sería mejor que yo, que la haría feliz, pero solo me engañaba pues pensarla con otro me ponía de mala hostia.

—¿Vas a hablar de una vez? —interrumpí lo que quisiera que estuviera pensando.

—Lo siento, ya sabes que este tema me cuesta. No es por nada, es solo que no quiero que...

—¿Que sufra? Ya lo estoy haciendo, llevo haciéndolo desde que me fui, pero no puedo quejarme porque fue decisión mía.

—Una muy estúpida, todo hay que decirlo —me interrumpió.

El camarero llegó con nuestra comida, estaba hambriento y era mejor recibir malas noticias con la barriga llena. Bebí un sorbo de mi copa de vino a la vez que mi hermano miraba algo en el móvil y sonreía como un auténtico gilipollas. ¿Sería que el amor nos volvía así de tontos? Yo pensaba que era solo un mito, pero no, estaba visto que no era así.

—¿Robles? —asintió—. Por tu sonrisa de tonto parece que te ha dicho que te va a comer la...

—Calla, por Dios. No puedes decir esas burradas en público. —Arrugué la frente entrecerrando los ojos.

Comenzamos a comer en silencio, uno que me estaba poniendo de los nervios, pero que no podía evitar. Mi hermano se iba a tomar su tiempo en ponerme al día de todo.

Durante el almuerzo, recibí más mensajes y llamadas y me cabré por no hablar conmigo más en vez de estar pendiente del teléfono. Me dieron ganas de levantarme e irme, dejarlo tirado en el restaurante, pero me acordaba de que estaba ahí porque me iba a contar algo importante. Me levanté sin decirle nada para ir al baño y lavarme las manos, ya había terminado de comer. Para cuando llegué, ya habían recogido los platos y teníamos la mesa libre.

—Ahora mismo me vas a contar de una jodida vez todo, estoy harto de que estés evitando una conversación que tú mismo has empezado —le exigí cabreado.

—Está bien, lo siento. Solo quería tener un poco de paz antes de todo —declaró—. También siento no haberte prestado mucha atención, pero ya sabes que la inauguración del nuevo restaurante está a la vuelta de la esquina —me recordó.

—Tampoco está tan cerca, todavía faltan meses, ¿no? —me interesé.

Hacía tiempo que la reforma del nuevo restaurante empezó y tenía entendido que había demasiado trabajo por hacer, lo suficiente como para tardar más, mucho más.

—No te creas, solo quedan mínimos detalles. Hay que estar preparados. —Asentí—. ¿Vendrás?

Me quedé pensando en la pregunta. No sabía si iría, no estaba preparado para ver a Fernanda, sabía que ella estaría allí, era una empleada fija y de las más antiguas. Yo no lo sabía hasta que empecé a mirar las fichas de los empleados, solo lo hice para saber más de ella,

conocerla un poco mejor; así supe desde cuándo trabajaba para los Castillo.

—No lo sé, creo que no. No estoy seguro —respondí dudoso—. Verla después de tanto tiempo y embarazada creo que será muy impactante..., además de que estará con alguien, ¿verdad?

—No es así exactamente. Verás, resulta que el padre es Jesús, el hermano de Judith. —Abrí los ojos desmesuradamente.

—¿Pero él no es gay? —Asintió—. No entiendo nada. ¿Cómo se ha quedado embarazada de un hombre al que no le gustan las mujeres?

—Según él, follando. Fue lo que me respondió.

—Obviamente, las mujeres se quedan así embarazadas, pero no me refería a eso, Héctor —dije jugando con la servilleta, estaba nervioso.

Mi hermano me narró todo de aquella noche en la que Fernanda le contó que sería madre y que Jesús era el padre. Según ellos había sido una noche loca en la que acabaron borrachos, pero, aunque tuvieran coartada, no me convencía demasiado.

—¿Sabes qué? —preguntó Héctor. Yo lo miré—. Yo creo que es tuyo.

Su afirmación era más de lo que me esperaba, pues yo ya había pensado en esa posibilidad, pero no creía que mi hermano me lo dijera. En un principio lo calculé, creí que podría ser mío, sin embargo, sabía que Fernanda era una mujer libre de estar con otros, además de ser irremediablemente preciosa. Me olvidé un poco de lo que yo pensaba y me convencí a mí mismo de que estaba con otro hombre y que sería feliz porque sería madre, tendría una vida diferente a lo que yo le iba a dar.

—No creo, de ser así me lo diría, ¿no? —esa pregunta entró en mi mente de pronto.

—No lo sé, ella... desde que te fuiste cambió mucho y sufrió también. No la he visto yo, me lo ha contado Judith. Otro punto para que tu cuñada te odie. —Sonrió—. De todos modos, podrías llamarla e intentar que te dé una respuesta sincera.

Nos levantamos para salir del restaurante, no íbamos a estar toda la tarde allí y él tenía que volver a Madrid. Me quedé pensando en la proposición de mi hermano de llamarla para pedirle una explicación. ¿En serio? No tenía ningún derecho a eso, no me lo merecía, ni siquiera una mirada de ella. Aun así, me lo pensaría.

Aproveché que tendría el día libre para llevar yo mismo al aeropuerto a mi hermano. No habíamos tenido oportunidad de despedirnos cuando me fui y, aunque nos habíamos visto un par de veces, para mí esta ocasión era como la despedida que no tuvimos.

Cuando llegamos, me bajé con él, aunque se negó en todo momento a que lo hiciera. Fuimos hasta el interior y lo acompañé al mostrador.

—No tienes por qué hacerlo, Hugo. No hace falta, de verdad —insistió mirándome.

—Quiero hacerlo, no pasa nada.

—Te puedes ir ya si quieres, seguro que tienes muchas cosas que hacer.

—Nada más importante que acompañarte a ti, hermano. —Frunció el ceño con diversión.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con el alocado de mi hermano al que se la suda todo? —Solté una carcajada que provocó que otros pasajeros nos miraran.

—Sigo siendo yo, capullo. —Nos dimos un abrazo, de esos que hacía tiempo no nos dábamos, de los que decían que estábamos el uno para el otro.

Nuestro padre nos enseñó lo que era la familia, lo importante que tenía que ser para nosotros mismos. Mi hermano lo siguió a rajatabla, yo lo dejé pasar hasta que me di cuenta de que Héctor

siempre estaba ahí para mí, incluso cuando nuestro padre nos dejó... Hizo más de lo que estaba en su mano, abandonó su vida para hacer una nueva con nosotros y era por eso por lo que aún me sentía culpable de todas las decisiones que había tomado en el transcurso de mi vida.

—No creo que vaya a la inauguración —recalqué, asegurándome a mí mismo que sería así.

—No pasa nada, lo entiendo. Solo piénsalo, creo que sería bueno que vinieras, podría ser la oportunidad de que...

—No lo creo, no será así —lo interrumpí—. Espero que ella sea muy feliz.

—¿Estás seguro de que es eso lo que quieres? Siempre puedes intentarlo. —Asentí con una sonrisa fingida.

En realidad no lo estaba, no estaba seguro ni por asomo, pero era eso o volver y darme cuenta de que no tenía ninguna oportunidad con ella.

Media hora después, mi hermano se había ido y yo volvía a mi solitario apartamento, donde seguiría pensando en ella y lo que tuvimos... corto pero intenso, tan intenso que no había podido sacarla de mi mente todavía; se metió en mi pecho con fiereza, con la misma con la que hacíamos el amor, aunque en aquel momento fuese solo sexo.

Pensando en las palabras de mi hermano, me quedé dormido. Pensando en la posibilidad de que ese bebé fuera mío, que Fernanda me iba a dar un hijo. ¿Y si en realidad era así? ¿Qué pasaría si fuera verdad que iba a ser padre?

Los días comenzaron a pasar, en mi mente aún estaba muy vivo el recuerdo de la conversación con mi hermano. Había estado a punto de llamarla infinidad de veces en estos días y lo único que hacía era darle para atrás en la pantalla del móvil antes de pulsar la llamada. ¿Por qué era tan cobarde? ¿Por qué no tenía los cojones de hacer lo que debía por una vez? No culpaba a mi cuñada por odiarme, a veces yo mismo me odiaba por ser así.

Llegué a la oficina sobre las ocho de la mañana, mi secretaria me estaba esperando con multitud de papeles que debía firmar, también el contrato del señor Moretti ya firmados por él. Era un hecho, abríamos un restaurante en la Toscana donde, además de tener nuestra alta cocina, dispondríamos del vino de ese hombre, uno de los mejores del mundo.

Al principio pensamos en pedirle el vino para los restaurantes que ya teníamos, pero era todo un reto hacerlo allí, en ese lugar tan mágico, como él decía. Era hora de hacer que el mundo entero conociera a los Castillo, que el apellido de mi padre fuera tan famoso como el del presidente, así, su trabajo duro durante tantos años no sería olvidado.

En ese momento, en el que leía todos los papeles, escuché dos toques en la puerta de mi despacho, se abrió segundos después de mi permiso. Tania entró sin mirarme, casi sin hablarme.

—Buenos días, Tania —le dije.

—Buenos días, señor Castillo —respondió escueta—. Le acaban de llegar las invitaciones para la inauguración del restaurante de Madrid.

—¿Cuántas?

—Cinco.

Por un momento me había olvidado de todo esto, del nuevo restaurante que mi hermano estaba a punto de abrir, había trabajado mucho para que ese día llegase y, aunque le dije que no iría por no verme con Fernanda, no podía dejarlo solo en un momento tan importante. Iría, era mejor dar la cara de una vez para quitarme la espinita que tenía clavada en el pecho desde hacía meses.

—¿Quieres venir conmigo? —hice la pregunta casi sin pensarla y me arrepentí inmediatamente—. Como mi ayudante —aclaré antes de que pensara lo que no era.

—¿Yo? —Asentí—. ¿Por qué yo? Es decir, hay personas más cualificadas para ese puesto, señor.

—Lo sé, pero confío en ti y puede que sea bueno para tu currículum, así el día que quieras cambiar de trabajo...

—No creo que eso pase —me interrumpió mirándome al fin—. No voy a cambiar de trabajo nunca.

—Bueno, si eso llega a pasar, tendrás experiencia para tener un mejor cargo —respondí con seriedad—. Solo serán dos días y volveremos, no creo que me retenga nada más tiempo allí —esto último lo dije con tristeza y pensando en ella.

Estaba seguro de que Fernanda no haría nada para que me quedase con ella, no iba a pedírmelo, no lo creía.

Minutos después y, cuando conseguí convencerla de que me acompañase, salió de mi despacho para seguir con su trabajo y dejar que yo siguiera con el mío, que no era poco. Ya tendría más tarde tiempo de decirle a mi hermano que iría a la inauguración, una que me provocaba ansiedad, la misma que sentía cuando la pensaba todas las noches. Vería a Fernanda, después de tantos meses sin ver esos ojos, esa boca que me volvía loco. Nos veríamos de nuevo.

CAPÍTULO 10

Fernanda

No sabía cuántas horas llevaba en el hospital, me habían hecho infinidad de pruebas y me pusieron los monitores para saber si tenía contracciones, cosa que ya le había dicho yo al médico que sí. No eran demasiado altas y dolorosas, solo había sido provocado por la subida de tensión al enterarme de que Hugo sabía lo de mi embarazo. Por si fuera poco, debía quedarme ingresada unos días para controlarme, ya que se me podría adelantar el parto y mi pequeña aún no estaba preparada para llegar al mundo.

Durante el tiempo que estuve sola en la habitación, pude pensar en la inauguración y siempre llegaba a la misma conclusión: no ir. Si no iba yo, no nos veríamos. Claro que también él podría venir a buscarme y eso no quería que pasara.

Mientras divagaba, entró un médico para ver qué tal estaba, me dijo que me subirían ya a mi habitación, dado que seguía en observación. Las contracciones habían parado gracias a la medicación que me pusieron nada más llegar.

—¿Y mi familia? —pregunté.

—Estarán arriba esperando, tranquila. Además, tu hermana tiene un carácter muy fuerte y casi se pelea con una enfermera.

—Ups —respondí, conocía a Judith y sabía que, aunque parecía ser una mujer muy calmada, tenía un carácter duro escondido—. Lo siento.

—No pasa nada, la hemos calmado y le ha pedido disculpas a la enfermera.

Me dejaron el suero puesto, aún no se había terminado y, tal y como iba a pasar la noche, sería mejor que me acostumbrase.

Unos minutos después estaba en el ascensor y, nada más abrirse las puertas, ya tenía a todos pendientes de mí. Judith fue la primera en acercarse y besar mi frente preocupada, mi madre me esperaba en la habitación, estaba demasiado nerviosa y, aunque Marta intentó calmarla, fue en vano.

—¿Estás bien? —se interesó Jesús cuando tuvo un hueco para acercarse a mí.

Ya estábamos en la puerta de la habitación y mi madre mirándome desde la ventana. Asentí tranquila, aunque estaba muy asustada. No quería que se preocuparan de más, todo iba a salir bien, yo lo sabía.

Mi madre se acercó a mí llorando, como si me estuviera muriendo, Dios no lo quisiera.

—Mami, tranquila, estoy bien —le aseguré.

—¿Estás segura? —Asentí—. No sabes el miedo que he pasado, pensaba que no volvería a verte.

—Eres muy exagerada, mamá.

—Exagerada no, tú no te has visto —intervino Judith—. La verdad es que nos hemos cagado, si lo llevo a saber no te cuento nada —se le escapó eso último y mi madre la asesinó con la mirada.

No quería que Judith tuviera un problema con mi madre, ellas nunca habían discutido por

nada, pero por alguna razón mi madre esta vez no iba a dejar pasar ni una. La cogió del brazo como si fuese su madre, una muy cabreada, y se la llevó fuera de la habitación para hablar con ella. Marta no hizo nada, ella confiaba ciegamente en mi madre y sabía que su hija tenía que explicar algunas cosas. Tampoco tenía ella la culpa de todo, Héctor podría haberse callado la boquita.

—¿Qué ha pasado? —la voz de Jesús me sacó de mi trance.

—¿Qué?

—¿Qué ha pasado para que te pongas así? —repitió la pregunta.

—Nada, Judith no ha hecho nada —la defendí—. No quiero que nadie se enfade con ella solo por ponerme sobre aviso.

Me quedé callada al comprobar que ya había soltado la lengua. Jesús se acercó a mí para hacerme hablar. Yo miré a Marta suplicante para que me ayudase, a veces tenía miedo de los hermanos Robles, tenían más peligro que una caja de bombas.

—Fernanda, cuéntame. ¿Qué te ha dicho mi hermana tan fuerte para que se te suba la tensión tanto?

—Dentro de un mes es la inauguración del nuevo restaurante y Hugo vendrá —narré, aunque omitiendo lo que realmente me había provocado el daño.

—¿Y qué con eso? No pasa nada, él no es nada tuyo y no tienes que ponerte así, ¿o acaso hay algo más?

Iba a responderle cuando mi madre y Judith entraron de nuevo y me salvaron de las preguntas de Jesús.

—Será mejor que la dejemos descansar —pidió mi madre con voz conciliadora.

Todos me dieron un beso para irse, aunque Judith se negó, ella se quedaría conmigo esa noche, ya lo había hablado con mi madre fuera. Bueno, casi obligó a mi madre a que la dejara a ella primero quedarse conmigo, ya que el médico había dicho que estaría unos días, unos largos días.

Sobre las ocho de la tarde, mi madre se fue, tenía que descansar, ella no estaba bien para estar tantas horas en un hospital, aunque amenazó con su regreso por la mañana temprano.

—Por fin, ya pensaba que no nos quedaríamos solas nunca —mencionó Judith—. ¿Sabes la bronca que me ha echado tu madre? Le ha faltado pegarme —me contó sentándose en la silla que había justo al lado de mi cama.

—Ya sabes cómo es cuando le tocan a su niña, o sea yo —respondí—. ¿Le has dicho a Héctor que estoy aquí?

—Sí, me dijo que vendría más tarde a verte, no podía salir antes de la oficina, ya sabes que tiene mucho trabajo.

—También te has peleado con él, ¿verdad? —Asintió.

La conocía demasiado como para que me ocultase cosas y estaba segura de que le echaba la culpa de lo que me había pasado por ir de chivato y contarle a su hermano lo de mi embarazo. Yo, en realidad, no lo culpaba. Era normal que se lo dijera, en fin, era su hermano y si muy dentro de él pensaba que esta niña era su sobrina, era lógico. Yo habría hecho lo mismo de estar en su lugar.

Tal y como lo pensaba se lo dije a Judith con el fin de que no se cabreara con su novio, no debía pensar de él nada malo ahora que era feliz por fin. En un principio me regañó por ser tan tonta y haber cambiado tanto, ya que según ella yo antes no era así de pacífica, me describía como

una loca del peligro. Me reí por sus palabras, estaba loca y su locura era contagiosa.

Sobre las nueve y media, llegó Héctor y vino hasta mí muy avergonzado a pedirme perdón. Se sentía muy culpable.

—Lo siento, lo siento, Fernanda. No debí contarle nada a mi hermano, tendría que haber confiado en ti.

Lo escuché, pero no le prestaba atención a sus palabras, estaba absorta en todo y dándole vueltas a la mentira que le habíamos contado creyendo que así lograría olvidarme de Hugo, y en realidad no era así. Pensé que hacer pasar a Jesús como el padre de mi hija sería una buenísima idea, mas no fue así, y estar al borde del colapso me hizo darme cuenta. Mi hija podría nacer antes, sentí mucho miedo y en lo único que podía pensar era en hacer partícipe a su padre de todo, aunque él y yo no estuviéramos juntos. Hugo merecía saber que iba a ser papá, por mucho que nuestra relación no fuera buena.

—No te disculpes, Héctor, tenías tus razones para hacerlo y no te culpo —respondí—. Judith —la miré y ella supo lo que estaba a punto de hacer, negó y mi respuesta fue asentir—, creo que es lo mejor.

—¿Segura? —Héctor nos miraba incrédulo.

—Me queda claro que tenéis telepatía o algo, porque no se explica que con la mirada os comunicéis —intervino asombrado y nosotras sonreímos.

—Demasiados años juntas como para no entendernos, ¿no crees? —respondió ella dándole un beso en los labios—. Siento haberte engañado, Héctor.

—¿En qué me has engañado? —preguntó confundido, demasiado, a decir verdad.

—Héctor, mi hija es de Hugo y le pedí a Judith que no te dijera nada, lo siento.

Había estado reprimiendo las lágrimas por tanto tiempo que fue soltar la bomba y echarme a llorar. Me sentía muy mal por todo y debía calmarme. Héctor solo me miró y se acercó a mí para darme un abrazo. Su «gracias» al oído fue lo que hizo que me calmara, pensaba que me iba a odiar por hacer que mi amiga, su novia, le ocultase la verdad, pero no fue así. Otra vez me demostraba lo bueno que era.

—Voy a ser tío —afirmó—. ¡Voy a ser tío! —esta vez alzó la voz un poco y le chistamos, no era hora de estar gritando en el hospital—. Lo siento, es que me haces muy feliz, Fernanda, y estoy seguro de que mi hermano también lo estará. Porque se lo vas a decir, ¿verdad?

Me quedé callada unos segundos, poniéndolo nervioso.

—Sí, se lo diré cuando venga para la inauguración.

—¿Por qué no antes? Podrías llamarlo, estoy seguro de que vendría antes.

—No, Héctor.

—Pero...

—Héctor, deja que sea ella quien lo decida. Creo que ahora no es el momento. ¿No ves que tiene que estar tranquila y que tu hermano venga ahora puede hacerle mal? Entiéndelo —respondió Judith por mí, tal y como yo le habría dicho.

Estuvo con nosotras al menos media hora más y se fue, debía descansar, por la mañana tenía mucho trabajo. Judith lo acompañó afuera para despedirse de él, ya que no dormirían juntos esa noche.

Tardó unos diez minutos en volver y se sentó de nuevo a mi lado.

—Deberías irte con él, yo estoy bien —aseguré.

—¿Estás loca? Ni de coña te dejo sola aquí. Además, estoy aún enfadada con él y sé que si me voy vamos a discutir, prefiero evitarlo. Piensa que no me quedo aquí por ti. —Quiso parecer egoísta, pero ni por asomo lo era.

La noche se me hizo eterna, demasiado. Judith, obligada por mí, se recostó en el sofá que tenía la habitación para los acompañantes. Al tener yo un seguro, disponíamos de mejores calidades. La sanidad daba mucha pena y era mejor pagar para que te atendieran mejor. Aunque no culpaba a los médicos, ellos hacían lo que podían.

Cogí el móvil y me puse a mirar los contactos, cuando encontré su nombre, lo abrí para mandarle un mensaje y prácticamente lo escribí. Cuando le iba a dar a enviar, lo borré, algo me decía que no debía hacerlo así. Las cosas se tenían que hablar en persona, no podía decirle por un mensaje que iba a ser padre. No estaba segura de cómo se lo tomaría, por mucho que Héctor me dijera que se pondría feliz.

Sin darme cuenta, me quedé dormida y con la voz de mi madre me desperté.

—Buenos días —saludó entrando en la habitación.

Me recompuse un poco en la cama y Judith salió del baño. Estaba con el pelo desaliñado y unas ojeras que no recordaba.

—Vaya, Judith. ¿Vuelves a drogarte? —pregunté con una sonrisa—. Seguro que no has dormido nada. Hola, mami, podrías haber venido más tarde.

—¡Y perderme esta cara! —Señaló a mi amiga—. No, mijita, así ella se puede ir a descansar ya.

—Pero yo no pensaba irme —afirmó.

—Judith, ¿piensas quedarte aquí hasta que me den el alta? —me interesé, estaba loca, la creía capaz.

—Si tengo que hacerlo, sí. ¿Algún problema?

—Estás loca, Judith. Vete a dormir —respondió mi madre muy tranquila, mas ella negó—. Hazme caso, señorita, si no quieres que te tire de las orejas tan fuerte que te llegarán al suelo.

Reprimí la carcajada, aunque la cara de Judith era un poema y no me lo ponía fácil. Al final tuve que reírme cuando puso una mano en su frente como si fuera un militar. Estaba como una puta cabra.

—A sus órdenes —dijo—. No pienso quedarme para que me tire de las orejas —susurró cuando se acercó a mí para despedirse.

Me dio un beso y un abrazo e imitó a mi madre, amenazó con volver pronto, muy pronto, cuando estuviera algo más presentable. O sea, que la esperara por la noche, porque así era ella.

Mi madre y yo nos quedamos solas y me mimó como siempre hacía, me cuidó y arrulló. No había nada como los cuidados de una madre a su hija y así mismo sería yo con la mía, con mi Luna. Deseaba tanto tenerla entre mis brazos, besar sus mejillas mientras le cantaba una canción para dormir. Y deseaba tanto compartir esos momentos con él, con su padre. Hugo y yo podríamos tener aquello que yo empecé a soñar gracias a su trato, a su cariño. Nunca creí en príncipes azules, siempre decía que era mejor tener un lobo feroz que nos comiera mejor hasta que lo conocí y con ese apelativo que me había puesto, *morenita*, me había enamorado como una boba. Hugo había cambiado mi manera de pensar y, aunque parecía ser un capullo integral, yo sabía que era todo fachada.

CAPÍTULO 11

Tras dos semanas en el hospital, me dieron el alta con las indicaciones muy claras, debía estar tranquila, no llevarme sobresaltos y mucho menos noticias que me pusieran nerviosa. Prácticamente, el médico me dijo que la próxima vez, mi hija nacería y era mejor que fuera en su momento, cuando llegara a los nueve meses.

Judith vino a recogerme para llevarme a mi apartamento y quedarse conmigo, tal y como llevaba haciendo todo el tiempo que estuve en el hospital, no se movió de mi lado para nada y mi madre ya estaba harta de amenazarla con el tirón de orejas. La primera vez coló, la segunda, casi que también, pero la tercera no hubo manera y terminó por dejarla. Ya sabía yo que iba a ser muy complicado que le hiciera caso a mi madre, no lo hacía ni con la suya. Mi amiga..., mi hermana era un caso serio.

—¿Estás tranquila? Puedo traerte otro cojín para la espalda o para poner los pies en alto —decía mientras me ayudaba a sentarme en el sofá.

—Judith, estoy bien así, no estoy inválida.

—Lo sé, lo sé, lo siento. Es que... —se quedó callada y me preocupé.

—¿Pasa algo? —Negó, asintió y volvió negar—. Habla de una vez.

—Es que no quiero que te pongas mala otra vez —refirió sentándose a mi lado.

—¿Tan malo es? —Negó—. Pues dímelo.

Judith parecía pensar en las palabras adecuadas para hablarme, como si con cualquier cosa que me dijera me fuera a subir la tensión. Si era bueno como afirmaba, no tendría que ponerme mal, todo lo contrario, seguro que me haría feliz. Sin embargo, se había vuelto tan asustadiza que casi no me contaba nada de lo que pasaba.

—Héctor y yo hemos pedido una cita en los servicios sociales, vamos a intentar lo de la adopción, aunque está muy complicado. —Sonreí feliz, pero inmediatamente me preocupé al ver su cambio de gesto.

—¿Por qué?

—Uno de los requisitos es que llevemos tres años viviendo juntos y no llevamos ni uno. ¿Cómo crees que nos van a dejar? La única esperanza que tenemos es que mi suegra tiene un amigo que nos puede ayudar, pero aun así es un proceso largo.

—No te preocupes, ten paciencia y verás que todo sale bien. Lo que tenemos que pensar ahora es en la boda. ¿Tenéis fecha ya? —intenté cambiar de tema para que no se pusiera triste, sabía lo que este tema provocaba en ella.

—En realidad sí, hemos pensado en esperar al nacimiento de mi sobrina. —Tocó mi vientre.

—¿En serio? ¿Por qué? Podéis hacerlo antes, no tenéis por qué esperarme a mí para eso.

Se carcajeó mientras negaba.

—Ni loca, tú tienes que venir con un vestido de dama de honor que te haga lucir esa preciosa figura.

—¿Cuál? ¿La figura que voy a perder con el embarazo? Eso es una tontería, Judith.

Pero como siempre, no era discutible y ella no iba a cambiar de opinión. Así que la boda sería en cuatro meses, mi hija para ese tiempo ya estaría en el mundo. Me contó todo lo que tenía

pensado para la boda y le ofrecí mi ayuda, aunque fuera poco algo podría hacer. No sé, elegir flores con ella, el vestido...

Pasamos la tarde hablando de los preparativos de la boda, por mucho que yo intentara sacarle el tema de la inauguración; faltaban menos de dos semanas y cada vez estaba más nerviosa. Judith no quiso decir nada sobre eso, era lo mejor para mí, aunque yo tenía que prepararme mentalmente para esa noche.

Día, tras día, ella estaba conmigo y Héctor me ayudó mucho también. Era el momento de comprar algunas cosas, no habíamos tenido tiempo de hacerlo y, cómo no, Judith y Héctor pagaron la mitad de lo que había comprado: el carro, la cuna, ropa, etc. Me negué en todo momento, pero fue en vano, no se podía negociar con ellos.

Un día antes de la inauguración, Judith vino a recogerme para comprar los vestidos que nos pondríamos en el evento. Jesús también nos acompañaría dado que era mi acompañante, ¿quién mejor para la noche en la que vería a mi ex? Se estaban portando tan bien conmigo que me iba a faltar vida para agradecerles.

—¿Te gusta este color? —pregunté cogiendo un vestido en color morado.

—No, ese color no queda bien con el negro de tu cara. —Puse los ojos en blanco, Jesús y sus ocurrencias.

—Yo creo que este es mejor para ti. —Me enseñó Judith uno plateado.

—¿No crees que puedo parecer la bola de un árbol de Navidad? —pregunté y soltamos una carcajada.

—Tienes razón. Además, mañana tienes que estar tan espectacularmente preciosa que Hugo...

—Ni se te ocurra terminar esa frase —la callé—. Hugo y yo nada. Ya sabes que solo le diré lo de la niña, pero nada más.

—¿Por qué? Creo que sería una buena oportunidad para decirle lo que sientes —opinó Jesús y yo lo maté con la mirada.

Estaban locos si pensaban que podríamos llegar a algo más que un acuerdo paternal. Hugo sería el padre de mi hija, pero nada más. No podía exigirle y mucho menos podía pedirle nada más que lo que le correspondía. Él conocería a su hija y haría su trabajo como padre, o ese es su deber.

Seguimos buscando vestido para mí, estaba siendo muy complicado. Judith y Jesús ya tenían la ropa que se pondrían. Judith había elegido un vestido ajustado hasta la cintura en color champán, era precioso y, con sus curvas y la falda con poquito vuelo, le hacía un cuerpo precioso. Jesús lo tenía más fácil, con un esmoquin estaba listo, aunque él, al ser tan excéntrico, había elegido un color celeste en vez de negro.

—También podría elegir un vestido en azul, así iré conjuntada con mi pareja —mencioné al recordar el color del traje de Jesús.

—No es mala idea, veamos qué hay.

Mientras tanto, Judith recibió una llamada de Héctor, salió un minuto para hablar con él y, cuando entró y le pregunté, negó para que no me preocupase.

Buscamos hasta el cansancio por varias tiendas y estuvimos así hasta que llegamos a la última. Eran casi las nueve de la noche y estaba agotada. Pasamos por el escaparate y ahí estaba, el vestido perfecto: era azul eléctrico y el corte era perfecto para mi barriga. Miré a Judith y

asintió, así que entramos para probármelo. Ya nos habíamos quedado solas, Jesús tenía una cita con un chico que estaba conociendo y prefirió llevarse la sorpresa en la inauguración.

Entré en el probador con el vestido de mi talla en la mano y, con la ayuda de Judith, me lo puse. Aún no me había mirado cuando mi amiga asentía sin parar. Parecía que estábamos eligiendo mi vestido de novia; qué irónico, ¿no? La que estaba a punto de dar ese paso era ella. Yo ni novio tenía.

—Mírate, estás preciosa, ese color te queda espectacular.

Me di la vuelta y, al verme, me quedé maravillada, me encantaba cómo me veía y ni qué decir cuando estuviera arreglada al completo.

—¿No crees que es demasiado para una inauguración? Digo yo, que no todo el mundo irá así —exclamé desnudándome.

—¿Tengo que recordarte que es un restaurante de lujo y que luego habrá una recepción? No es que a mí me gusten esa clase de eventos, pero ser la prometida del dueño hace que me ilusione. ¿Te imaginas la cantidad de mujeres que morirían por estar en mi lugar? —preguntó con un toque cómico y malvado, y me reí al escucharla.

—No seas mala, no todas tenemos la suerte que has tenido tú. Has encontrado a un hombre guapo, rico y que te adora. Parece sacado de una novela —ironicé y su respuesta fue un manotazo en modo de queja—. Es verdad, así que te aguantas.

—Bueno, puede que tú también seas la envidia de muchas.

—Claro o de muchos, porque te recuerdo que a tu hermano le gustan los tíos y, por muy bueno que esté, seguirán gustándole los tíos.

—No lo decía por eso.

—¿Quieres que vuelva a pegarte?

Al final se calló, estaba volviendo a sacar el tema de Hugo y a mí empezaba a crisparme.

Decidimos irnos al Burger King a por una hamburguesa grasienta, de esas que nos gustaban a nosotras. Estaba de antojo y era mejor darme lo que quería o la niña me saldría con una mancha en forma de pepinillo en cualquier parte del cuerpo. Cosas que solían decir las abuelas de los antojos.

Cenamos entre risas y la verdad que, aunque estaba reventada, lo habíamos pasado muy bien. Teníamos que repetir más a menudo.

Una hora después, Héctor nos recogió en el centro de Madrid y me llevaron a mi casa.

—Recuerda que mañana vengo a por ti a las doce, comemos con las madres y nos vamos a la peluquería —dijo Judith cuando estaba bajándome del coche.

—Gracias por traerme, Héctor. —Me agaché para mirarlo.

—No iba a dejar que la madre de mi sobrina viniera en taxi. —Me guiñó un ojo.

Me despedí de ellos y me encaminé hasta el ascensor. Cuando llegué me fui directa a la cama, estaba tan agotada que no sabía cómo estaba en pie todavía. Para colmo, sabía que Héctor y Judith iban al aeropuerto a recoger a Hugo y su acompañante, se suponía que cogerían un taxi, pero el vuelo se había retrasado y le pidió a su hermano que los recogieran. Todo eso no le gustó a Judith cuando Héctor la llamó, mientras mirábamos vestidos, para contárselo. Se cabreó mucho y yo siempre era la que intentaba quitarle hierro al asunto, no por Hugo, lo hacía por Héctor, al fin y al cabo, era su hermano y ella su novia, lo mejor era que se llevaran bien, ¿no?

El cansancio se apoderaba de mí, lo suficiente como para quedarme dormida al instante, no

obstante, el sonido de mi móvil, con una llamada entrante, me despertó. Yo y mi manía de no ponerlo en silencio por la noche. Me levanté con cuidado y me dirigí al salón, desde donde provenía la musiquita que había elegido como tono de llamada. La canción de Rita Ora, *Ritual*, sonaba a todo trapo.

Lo busqué dentro del bolso y pensé que, cuando lo encontrara, cortarían la llamada, pero no fue así. Descolgué sin mirar el número.

—¿Diga?

No respondió nadie, pero sentía que me escuchaban.

—¿Quién es?

Me separé el móvil de la oreja para mirar el número, pero no me sonaba de nada, no lo conocía.

—No tengo tiempo para esto —fue lo último que dije antes de colgar—. Vaya gilipollez.

Dejé el móvil en la mesa y me senté en el sofá, seguía cansada y no tenía cuerpo para volver a la cama, así que me tumbé y puse las piernas en alto, sostenidas con un cojín. Tenía las piernas hinchadas de tanto caminar, pero al menos mereció la pena.

Por la mañana estaba un poco mareada y me sentía algo fatigada. Lo achaqué a la tarde de compras, fueron demasiadas horas caminando. Aunque también podría ser porque mi pequeña ya pesaba demasiado, estaba de casi siete meses y ya me costaba un poquito hacer ciertas cosas.

Me metí en la ducha para despejarme y desayuné lo poco que las ganas me dejaron: una tostada y un zumo de naranja. Mi madre me obligaba a beberme uno cada día, como si estuviera enferma.

Decidí enviarle un mensaje a Judith para joderla. «O preguntarle por Hugo», pensé, luego negué. Qué estupidez, claro que quería saber de él y aún faltaba mucho para la noche. Estaba nerviosa, no sabía si estaba preparada para verlo, para contarle la verdad. ¿Cómo se lo tomaría?

Fernanda:

¿Qué tal?

¿Cuándo vienes?

Judith:

¿Ya se te ha olvidado?

Te dije a las doce,

pero si quieres voy ya.

Se quedó unos segundos escribiendo, estaba segura de que recibiría el nuevo testamento por mensaje.

Judith:

¿Voy?

Fruncí el ceño, estaba muy rara.

Fernanda:

¿Te pasa algo?

Estás más rara de lo normal.

Ven si quieres, ya estoy lista.

Judith:

Cuando llegue te cuento.

Con un *OK* dejé la conversación y mi nerviosismo aumentó un tres por ciento más, por el seis estaba ya, solo esperaba que con lo que me iba a contar, no llegase al diez porque me veía en urgencias con la tensión alta de nuevo.

Media hora después, cogí mi bolso y bajé, Judith ya me esperaba con el coche. Iríamos a tomarnos un café, por lo visto, no había desayunado y eso sí que me extrañaba mucho más. Seguramente, habría tenido alguna discusión con Hugo, ya me los veía sacando los dientes después de tanto tiempo.

CAPÍTULO 12

Hugo

Inauguración

Había llegado el día de mi regreso, volvía a Madrid después de unos larguísimos meses y estaba nervioso. Tenía la certeza de que Fernanda iría al restaurante y eso me provocaba taquicardia, aunque no estaría sola; Jesús, el hermano de mi cuñadita, estaría con ella y no sabía hasta qué punto ellos estaban juntos, ya que por mucho que mi hermano me dijera que él era gay, que no le gustaban las mujeres, se acostó con ella. ¿Dónde dejaba su credibilidad?

Yo en cambio iría con Tania, una decisión que tomé en un momento con tal de no ir solo, de tener a alguien que me apoyase, aunque ella quisiera que fuera por algo más.

Sobre las siete de la tarde debía haber salido nuestro avión, pero iba con retraso, así que me tocó llamar a mi hermano para que nos recogiera más tarde, ya le avisaría yo la hora en la que llegaríamos más o menos.

—¿Estás nervioso? —se interesó Tania.

Estábamos en una cafetería, aún en tierra, el avión salía en una hora, ya nos lo habían dicho por megafonía, así que no estábamos muy lejos de la puerta de embarque.

—¿Yo, por qué? —respondí con otra pregunta.

—No sé, mañana será un día importante para la empresa, además, verás a tu familia y...

—Ya sé por dónde vas, Tania —la corté—. Si te refieres a que veré a Fernanda, sí, estoy muy nervioso. ¿El porqué? No lo sé, solo sé que quiero verla.

No quería ser muy duro con ella, pero siempre me sacaba las palabras que no quería decirle, parecía masoquista y eso que yo siempre evitaba tocar el tema.

—¿Vas dispuesto a conquistarla de nuevo?

Su pregunta me sacó de mis pensamientos, era una cuestión que no me había hecho todavía, con lo cual no sabía qué responder a eso si yo mismo no sabía qué haría cuando la tuviera enfrente. No sabía si saldría corriendo otra vez, si buscaría la manera de besarla, de abrazarla, de llevármela lejos de la fiesta, de todos, retenerla conmigo para siempre. No sabía si su corazón sería mío... en realidad, no sabía nada.

No le respondí, me tomé el café mientras le decía a mi hermano que llegaríamos sobre las once de la noche. Me dijo que vendría a recogernos con Judith, que tenía que recogerla en el centro de Madrid.

Me imaginé que estaría con ella, con Fernanda, y seguramente ya sabía que yo llegaba esta noche y que no lo hacía solo. Me imaginé que no le gustaría verme con otra, o no. Me imaginé tantas cosas durante el tiempo que estuvimos en la cafetería que llegó la hora de subirnos al avión.

Tania intentó hacerme sentir mejor, hablar conmigo de otras cosas, pero por mi mente aún rondaba su pregunta. «¿Voy dispuesto a conquistarla? ¿Seré capaz de hacerlo?».

Nos dieron de cenar en el avión, yo estuve leyendo el periódico y Tania jugó a algún juego del móvil. Cualquier cosa menos hablar, en realidad no quería que estuviéramos así, yo la había invitado a venir y la estaba ignorando, no se lo merecía.

—Tania, lo siento. Sé que no estoy siendo del todo amable contigo —declaré quitándole el móvil de las manos.

—No pasa nada, yo te hice una pregunta que no te ha gustado, lo entiendo —respondió con media sonrisa.

—Lo sé, sé que tu pregunta es para saber si regresaré soltero. Sé que hemos tenido nuestros encuentros y que podríamos haber intentado ser pareja, pero me cuesta cuando quiero a otra persona. Como te dije, no quiero hacerte daño —le repetí lo mismo: la verdad.

Ella no merecía una relación basada en mentiras, se merecía un buen hombre que la quisiera a ella y de verdad.

Le acaricié la mejilla para secarle una minúscula lágrima que se le escapó.

—No tienes que darme explicaciones, aquí la tonta he sido yo, que me he enamorado de ti sabiendo que querías a otra. No pasa nada, entiendo lo que sientes y te agradezco tu franqueza.

—Quién lo diría, yo siendo franco. En otro momento me habría dado igual, estaría contigo importándome una mierda todo lo demás, yo era así.

Estaba contándole cosas que nunca le había dicho. No confiaba tanto en ella como para contarle mi vida privada, nuestra relación no era más que sexo y las horas en el trabajo. Nunca mezclábamos las cosas, en la oficina yo era su jefe y así seguiría siendo. Ahora me arrepentía de haberla traído, le estaría evitando el malestar de estar en el mismo lugar que mi... no sabía en qué posición poner a Fernanda, ¿mi ex? Ni siquiera llegamos a ser novios como para ser ex.

Seguimos hablando de mi vida, de mis decisiones y la traté como a una amiga, a una verdadera amiga. Jamás en mi vida había tenido una con la que desahogarme, con la que hablar de la mujer que me tenía enamorado; nunca me habían aconsejado que luchase por nuestro amor cuando ella me quería.

—No sé si será buena idea —hablé pensativo.

—¿Y si es tuyo? Por lo que me cuentas, podría serlo. De ser así, ¿lucharías por estar con ella y tu hijo?

—Siendo mío o no, lucharía por ella. La cuestión es si Fernanda está sola o tiene pareja. Solo sé que el padre es el hermano de mi cuñada, pero ese tema me tiene crispado, no me lo creo.

—Pues primero averígualo.

Asentí, tenía razón. Primero averiguaría.

Sin percatarnos siquiera, llegamos a Madrid, el avión aterrizó y mis nervios empezaron a florecer, estar en la misma ciudad que ella y no ir a verla me estaba provocando ansiedad. Cogimos las maletas y salimos para encontrarnos a mi hermano con Judith, mi cuñada, a la que no se le veía buena cara. Menos mal que me gustaba molestarla para reírme un poco, aunque lo primero que haría sería hacer las paces con ella, no merecía mi trato. Había cometido muchos errores sin darme cuenta, le había hecho daño a personas a las que quería y era hora de enmendar todo eso.

—Hola, hermano. ¿Habéis tenido buen viaje? —me saludó con un abrazo—. ¿Qué tal, Tania?

Mi hermano la conocía de la empresa, sabía que era mi asistente, aunque también sabía que me acostaba con ella de vez en cuando. No éramos de contarnos las cosas, pero a veces nos preguntábamos por lo que hacíamos y una vez le conté lo mío con Tania. Ahora me tocaba explicarle que no éramos nada y que solo venía por trabajo.

—Sí, bien —respondí—. Hola, Judith —la saludé y le di un beso en la mejilla, acto que la

dejó petrificada.

—Eh, yo... Hola, Hugo —respondió.

—Ella es Tania, mi asistente.

Judith la saludó amigable, pero se le notaba el desconcierto y el asco que me tenía. Era como un libro abierto para mí y sabía lo que mi presencia provocaba en ella y más si venía con otra mujer sabiendo lo que sabía.

—Espero tener oportunidad, en este viaje, de hablar contigo —le aclaré con una sonrisa.

—Claro, por supuesto.

Se dio la vuelta para salir del aeropuerto y mi hermano me guiñó un ojo mientras se reía. Le expliqué a Tania mi relación con mi cuñada y en principio se rio, era muy cómico ver a la pequeña Robles tan desconcertada por mi comportamiento. En otra ocasión le habría soltado alguna de las mías nada más verla, pero ahora no quería llevarme mal con ella, lo que pretendía era tener una buena relación de cuñados.

Mientras íbamos de camino al apartamento de mi hermano, le pregunté por mi madre, tenía ganas de verla y estaba seguro de que ella a mí también. Judith se mantuvo en silencio todo el trayecto, incluso Tania hablaba con mi hermano. Cansado de que no dijera nada, le hablé.

—Judith —dije su nombre temeroso—, ¿estás bien?

—Sí —respondió secamente.

—No lo parece, pensé que...

—¿Qué pensaste exactamente, Hugo? —preguntó con un tono de ironía—. Si lo que pretendes es que nos llevemos bien después de todo, estás equivocado. Eres el hermano de mi novio, por ende, mi cuñado, pero nada más. Te soporto porque no me quedan más cojones.

—Judith, por favor —intervino mi hermano.

—Está bien, Héctor. Tiene razón. No sabía en qué estaba pensando.

Llegamos y ella salió del coche sin esperar siquiera. Yo sabía que no solo estaba así por lo mal que la había tratado siempre, había algo más.

—Ya se le pasará —aclaró Héctor tocando mi hombro.

—La entiendo, entiendo que no quiera ni verme. No solo por cómo siempre me he portado con ella, he sido un capullo con su mejor amiga y eso tiene que doler. —Asintió dándome la razón.

No tenía que ser un brujo para saber que todo lo que ella sentía era por Fernanda, por cómo estaba y eso no me auguraba nada bueno. Esto solo me ponía las cosas claras: que ella no quería ni verme; si eso pasaba, no sabría qué hacer.

Cuando subimos al apartamento, Judith ya estaba encerrada en la habitación, mientras tanto, mi hermano llevó a Tania a la suya y yo me fui a la otra; era un lugar grande, mi hermano nunca quiso tener una casa pequeña, siempre aspiraba a más, a tener más y con Judith lo iba a conseguir con el tiempo.

Me senté en el sofá y me desabotoné la camisa, quedándome con el pecho al aire, estaba agotado y no solo era cansancio físico, era el mental el que me estaba matando. Hubiese sido tan fácil haberme quedado y tener esa vida con ella, pero no, yo tenía que joderlo todo, como siempre.

Me encontré, de nuevo, pensando en ella, siempre en ella. Volví a coger el móvil para llamarla y lo hice, esta vez tuve la fuerza de hacerlo. Pasaron varios tonos, cuatro o cinco, perdí la cuenta por los nervios y me respondió, su voz aterciopelada estaba al otro lado y sentí que mi

pecho se desinflaba en cuestión de segundos. No pude hablarle, solo necesitaba escucharla, pero colgó en cuanto no obtuvo respuesta. Tiré el móvil de mala manera al sofá, a mi lado, y sentí la voz de mi hermano, que se acercaba.

—¿Te pasa algo? —se preocupó en cuanto vio mi acto.

—Estoy harto, harto —dije repetidas veces, levantándome para canalizar un poco el coraje en mis pies y no en los puños.

—¿De qué? Sea lo que sea que te esté pasando, tiene arreglo, todo lo tiene.

—Esto no y lo peor es que es mi culpa, mi maldita culpa. No tenía que haberme ido, no tenía que haberlo hecho, ahora no sé cómo acercarme a ella. —Agaché la mirada afligido.

—Te refieres a Fernanda, ¿verdad? —Asentí—. Ahí no sé qué decirte, es cierto que ella no querrá verte y que lo tienes bien jodido, pero nunca se sabe, hermano.

Cualquiera que supiera que me moría de amor por una mujer con la que había estado solo en tres ocasiones me diría que estaba demente, pero la realidad era esa, con solo tres veces, tres jodidas veces que había tocado su cuerpo, besado sus labios, abrazado... solo con esas veces me había enamorado de ella. ¿Era eso posible? Es decir, ¿puede una persona enamorarse en tan poco tiempo? Sí, lo era, yo era la prueba de ello.

—La quiero, Héctor, la quiero como jamás he querido a nadie y me doy cuenta de que, de no haberme ido, sería yo el hombre que espera un hijo con ella...

—Hija. —Escuché decir a Judith, había salido de la habitación—. Es una niña.

Mis ojos se abrieron con sorpresa y emoción, era una niña y, tal y como lo había dicho Judith, podría ser mía, ahora más que nunca lo sentía. Ese «hija» había sido para mí, no para nadie más, solo para mí.

—¿Es mía? —le pregunté acercándome a ella, mas no me respondió—. Por favor, dime algo.

—No soy yo quien tiene que responder a esa pregunta, Hugo —afirmó—. Sin embargo... —Se quedó callada un segundo—. Nada.

Volvió a darse la vuelta para regresar a su encierro.

—Judith, espera. —Cogí su brazo y me asesinó con la mirada—. Lo siento, de verdad... siento mucho cómo te he tratado todo el tiempo, no te lo he puesto fácil y creo que me equivoqué.

—No estoy así por cómo me tratas a mí, me la suda lo que hagas, es Fernanda la que me duele y tú le hiciste daño, el suficiente como para no volver a ser la que era —afirmó y sentí como si cada palabra se me clavara en el alma.

La dejé irse, solté su brazo y se encerró en su habitación. Mi hermano se encogió de hombros siguiéndola. Estaba claro, no era bien recibido aquí y lo mejor sería que todo pasase rápido para volver a la vida que tenía, lejos de todos.

CAPÍTULO 13

Fernanda

Judith estaba extraña, sus ojos parecían llorosos, su mirada, ida. ¿Qué le pasaba? ¿Sería por algo con Hugo? Le di un golpecito en el brazo para que me mirase, pero no lo hizo, en cambio, siguió conduciendo, ignorándome por completo.

La dejé, de momento sería lo mejor. Teníamos todo el día para que me pusiera al día y si para que me contara lo que pasaba tenía que matarla a cosquillas, así lo haría. Tampoco le iba a poner un puñal en el pecho, la mejor manera era dejarla y que ella misma quisiera hablar.

Llegamos al restaurante de siempre, donde íbamos cuando ella estaba trabajando en el supermercado, hacía tiempo que no veníamos y la verdad que los mejores desayunos que había eran los de Diego. Cuando llegamos y entramos, escuchamos la voz del dueño con una gran sonrisa. De verdad que hacía meses que no aparecíamos por este lugar.

—No puede ser, mis chicas han vuelto y... espera. ¿Vas a ser mamá? —asentí—. Qué pena.

—¿El qué?

—Que yo no sea el padre. —Soltamos una carcajada.

Al menos eso le hizo reír a mi amiga.

—¿Lo de siempre, corazones míos? —preguntó y asentimos al unísono.

Volvimos a quedarnos solas, bueno, solas: ella, yo y las diez o quince personas que había en el restaurante.

No dejé de mirarla en todo momento con la esperanza de que abriese la boca de una puta vez, al final, lo del puñal en el pecho no iba a ser mala idea y tendría que usarlo para que me hablase.

—¿Me vas a contar de una vez lo que te pasa o tengo que torturarte? —dije sin más, cansada de esperar.

—No me pasa nada, Fer. No veas cosas donde no las hay.

—No me jodas, Judith. Te conozco como si te hubiera parido y sé que algo te pasa. O me lo dices o llamo a Héctor para que él me lo cuente —al decirle eso, levantó la mirada de la mesa. Negó, no quería que hiciera eso.

No quería pensar que hubiera encarado a Hugo por mí, no podía permitir que mi mejor amiga se pusiera en contra a su familia política por algo que no tenía importancia. Sí, se fue, pero no éramos nada, ni siquiera novios. Sí, estaba embarazada de él, pero hoy día eso no era un problema, había miles de padres separados con hijos y no pasaba nada.

Diego llegó con nuestro pedido y asegurándonos que nos invitaba, que después de tanto tiempo sin ir por allí, siendo sus clientas vips, no era para menos. Judith y yo nos reímos y agradecemos, era un hombre muy amable y era una pena no hacerle caso tanto como él me lo hacía a mí.

—Anoche...

—¿Peleaste con Hugo?

—¿Ahora no me vas a dejar hablar? —preguntó algo enfadada.

—Lo siento.

—Lo escuché hablar con Héctor de ti y sentí que decía la verdad, no sé cómo explicarte.

Que Judith me contara lo que Hugo había dicho, eso de que me quería como nunca había querido a nadie, hizo que mi pecho se oprimiera y se llenase de miedo. Podría parecer sincero y me fiaba de mi amiga cuando me decía que lo creyó y lo vio mal, pero yo no podía creerlo, no cuando se fue y no se puso en contacto conmigo en ningún momento. No podía venir, después de meses, y hacer como ni nada hubiese pasado, eso era imposible.

Recordé la llamada que recibí anoche e inmediatamente pensé en él, estaba segura de que había sido él.

—¿Le hablarás? —se interesó.

—No lo sé, tenía claro que le iba a decir lo de la niña, pero no sé lo que haré cuando lo tenga delante. Aún duele, Judi, mucho.

—Hace tiempo que no me llamas así, Judi. —Sonreí, tenía razón.

—Supongo que cuando se fue, se llevó mi esencia, mi vida. Es una estupidez querer a alguien al que no conoces de nada.

—Se lo dices a la mujer que se enamoró de una voz. —Levantó una ceja, otra vez tenía razón.

Mi amiga siempre conseguía calmarme, siempre me abría la mente, el corazón... Siempre me hacía ver que todo en la vida tenía sentido, hasta el amor, ese sentimiento que más dolía en el alma.

Cuando terminamos de desayunar, nos fuimos, el día iba a ser muy largo y la noche, mucho más.

Comimos con nuestras madres, estaban encantadas con nuestra visita, últimamente, nos veíamos más de la cuenta y eso para ellas era mucho. Me di cuenta de lo que le hacía falta a mi madre que yo estuviese más presente en su vida, me la había pasado trabajando, saliendo, conociendo a miles de hombres con los que me acostaba y solo cuando conocí a Hugo paré y puse los pies en el suelo. Solo cuando él me enseñó que se podía estar con solo una persona, aunque él hubiese estado con miles. Me enseñó que se podía anhelar solo un aroma, el aroma que se había quedado en mi cuerpo, el suyo.

Suspiré al darme cuenta de que otra vez estaba pensando en él. Judith me sonrió y apretó la mano por debajo de la mesa. Mi madre y Marta hablaban sin parar y no les prestaba atención. Mi cuerpo estaba presente, pero mi mente no y solo fue Judith la que se había percatado de ello, solo porque ella también había pasado por eso.

—Mijita, ¿estás bien? —la voz de mi madre me sacó del trance.

—Sí, mami.

—¿Estás segura? Te noto muy pálida. ¿Has tenido dolores? —Se sentó a mi lado, ya que estaba al frente, para tocarme el vientre—. No me mientas, noto como tu barriga se endurece.

—Estoy bien, mamá. Es tu nieta que se mueve demasiado —mentí, obviamente tenía contracciones, pero no eran dolorosas y no muy seguidas.

—Ahora que lo dices, yo también te noto muy cansada. ¿Te quieres echar y le decimos a Mari que venga a la casa a peinarnos? —Nagué con efusividad.

—No vayáis a tratarme como a una enferma, estoy bien, por favor.

Me levanté para ir al baño y echarme agua en la cara. Me observé en el espejo, no podía negar que el moreno de mi piel estaba más claro, tenía cara de muerta, sin exagerar. Pero si decía

que me sentía mal, me llevarían al hospital y seguramente solo era por el cansancio, no podía ser que mi niña quisiera salir ya, no estaba preparada aún para eso. No estaba ni de ocho meses y era peligroso que naciera antes.

—Fer, ¿estás bien? —Escuché la voz de Judith al otro lado de la puerta.

—¡Sí! Tranquila, estoy bien.

—Vale, te creo. De todos modos, le he dicho a Mari que venga para peinarnos aquí y Héctor traerá los vestidos para que podamos arreglarnos.

Salí del baño para regañarla, no quería que pusiera a Héctor en ese compromiso, estaría muy ocupado con el evento y su hermano. La miré mal negando y su respuesta fue un «¿qué?» de lo más cómico.

—No tenías por qué, él no está para todo lo que tú digas —la regañé.

—Tampoco es eso, no lo digas como si yo lo tuviera como un criado.

Volvimos al salón para terminar de comer y, sobre las cuatro de la tarde, Mari, la peluquera, vino para peinarnos. Primero se puso con Judith, dado que yo tuve que recostarme un poco, si no mi madre me iba a matar, prácticamente me obligó. Para cuando me levanté, ya había venido Héctor con los vestidos y la peluquera estaba terminando de maquillar a Judith. Miré el reloj y eran casi las seis de la tarde.

—¿Tanto he dormido? —pregunté al aire, esperando la respuesta de cualquiera.

—Más tendrías que dormir, mijita. Ya tienes mejor color. —Mi madre besó mi mejilla.

—Mami, tú tan preocupada como siempre. Estoy bien, ¿vale? —Posé mis manos sobre sus hombros mirándola fijamente.

Sin embargo, mi madre no me creía nada, por algo era mi madre. Negó agachando la cabeza, pero pronto tocó mi vientre para comprobar de nuevo lo que ella tanto pensaba, tenía contracciones. Alzó una ceja en modo de regañina y me encogí de hombros restándole importancia. Volví a asegurarle que estaba bien.

Me puse en manos de la peluquera para que me convirtiera en una estrella de cine, tal y como mi amiga decía y como la había dejado a ella: estaba preciosa. Le había hecho un semirrecogido, dejándole mechones sueltos, como si tuviese un moño mal peinado. Yo, sin embargo, quería algo al estilo Jasmine, de *Aladdín*, así que me hizo una especie de trenza a un lado, al tener el pelo largo, podía hacer lo que quisiera. No dejó que me mirase hasta que estuviese maquillada y eso tardaría un poco más.

—Tienes unos ojos preciosos, Fernanda. Me encanta la sombra que estoy usando para resaltar el color —mencionó Mari.

—Es cierto, los ojos de mi amiga son enigmáticos —aseguró Judith.

—Venga, dejad de echarme piropos que me lo voy a creer al final —respondí con gracia.

Siguió maquillando y poco después pintó mis labios. Para cuando terminó, eran casi las ocho de la noche y a las ocho y media Jesús venía a por mí. Judith ya se iba, Héctor la estaba esperando abajo, ya que él debía llegar primero. Me dio un beso en la mejilla y me dijo al oído que estuviera tranquila, que la noche iba a ser bonita e inolvidable. Yo no estaba tan segura de eso, sabía que la noche iba a ser un desastre en cuanto Hugo y yo estuviéramos cara a cara.

Mi madre me ayudó a ponerme el vestido y los zapatos; no eran muy altos, lo suficiente para que el vestido no me arrastrase por el suelo.

—Mijita, estás hermosa —declaró mi madre emocionada.

—¿Por qué lloras, mami?

—Porque estoy muy orgullosa de ti, de la mujer que eres. Pronto serás madre y estoy segura de que serás la mejor. —Me dio un abrazo.

—No me hagas esto ahora, harás que el maquillaje se vaya a la mierda. —Tan pronto dije el taco, ella me dio una cachetada cariñosa y nos pusimos a reír—. No te preocupes tanto por mí, mamá.

—Sé que esta noche va a ser muy dura para ti y por eso me preocupo. No quiero que te suba la tensión de nuevo.

Negué abrazándola de nuevo a la misma vez que llegaba Jesús para recogerme. Mi madre fue a abrir la puerta y mi acompañante entró con ese esmoquin tan llamativo que llevaba, eso sí, estaba guapísimo. Me miró de arriba abajo y asintió con una sonrisa bobalicona, dando su aprobación; le gustaba lo que veía.

Se acercó a mí y abrió su brazo para que entrelazara el mío. Nos despedimos de mi madre y salimos de su casa. Mientras bajábamos, Jesús me susurró «estás preciosa» al oído y me sonrojé, y eso que él me lo decía como a una amiga, me lo llegaba a decir otro y las bragas me llegarían al suelo.

Al salir, una limusina nos esperaba, abrí los ojos sorprendida a la par que emocionada, era la primera vez que me subiría en una y me encantaba.

—Os habéis propuesto que parezca una estrella de cine entre tu hermana y tú —pronuncié entrando en el coche con su ayuda.

—Todo lo que sea necesario para que esta noche sea perfecta. Tú te lo mereces, morena.

—Gracias, Jesús. Si no llega a ser por vosotros, no sé qué hubiera pasado conmigo —declaré reprimiendo las lágrimas—. Sois mis hermanos, mi familia, y no os cambio por nada ni por nadie. Ya está, ya lo he soltado. —Se carcajeó—. Te quiero.

Me dio un abrazo y un beso en la frente, tal y como lo haría un hermano de verdad. Podría decirse que era afortunada por tener a tantas personas a mi lado que me querían, que harían por mí lo que fuera con tal de verme feliz, sin embargo, seguía faltándome algo... él.

CAPÍTULO 14

Hugo

No dormí en toda la noche, contando las jodidas horas, esperando que amaneciera para estar más cerca de la inauguración donde volvería a verla. Judith me dejó bastante mal, mi propósito siempre había sido hacerla sentir mal, pero desde que comprobé que mi hermano había conseguido la felicidad que se merecía, cambié mi manera de pensar y ahora lo que quería era llevarme bien con ella.

Sobre las nueve de la mañana, fui a la cocina para tomarme un café bien cargado, estaba agotado, no había pegado ojo y necesitaba recargarme las pilas para soportar el día. Vi a Héctor marcharse, a Judith entrar en la cocina y coger una manzana sin darme siquiera los buenos días; no la culpaba, yo haría lo mismo siendo ella.

A la media hora de quedarme solo, vino Tania, que estaba recién levantada.

—Buenos días —me saludó.

—Menos mal, pensé que era invisible —escupí algo ofuscado.

—¿Por qué lo dices? —preguntó cogiendo una taza para servirse café.

—Mi hermano se ha ido y Judith también, aunque ha entrado aquí y ni un hola.

—Seguro que se le pasará pronto.

—No estoy tan seguro de eso.

La dejé en la cocina y me fui al baño para darme una ducha. No tenía intención de ir a la empresa para ayudar a mi hermano, se suponía que lo llevaba él, pero era mejor que quedarse en casa sufriendo por todo.

Cuando terminé, me vestí y salí. Me despedí de Tania, ella se quedaría descansando un poco más y me esperaría para cuando tuviéramos que irnos. Total, no teníamos que hacer gran cosa, solo estar en el acto y era por la noche. Cogí mis cosas y me fui, cogería un taxi, dado que mi hermano se había llevado el coche y yo aquí no tenía nada.

Al no ver ningún taxi, pedí un *Cabify*, este me recogió en cinco minutos. Me subí y estuve tentado de darle otra dirección diferente, pasarme por su apartamento, luego recordé que Judith se habría ido con ella y que no estaría.

Me regañé internamente por seguir pensando en ella cuando todo era tan complicado. Tenía toda la noche para observarla, para pedirle que hablásemos. Tenía toda la noche para dar el siguiente paso.

Llegué a la empresa y entré. La recepcionista quiso anunciar mi llegada, pero me negué, no quería que mi hermano supiera que había venido; me echaría y quería ayudar.

—¿Hugo, qué haces aquí? —Me lo encontré en el ascensor.

—Venía para ayudarte. ¿Dónde estabas? Parece que acabas de llegar. —Fruncí el ceño confundido.

—Acabo de llegar, tenía que desayunar, ¿no?

—Podrías haber desayunado conmigo —le reproché—. Me he quedado allí como los gilipollas y más cuando ha entrado Judith y no me ha dicho ni por aquí te pudras.

Soltó una risotada que no me hizo ni pizca de gracia, no estaba para aguantar tantas tonterías y más cuando yo solo quería que las cosas se arreglasen. ¿Era tan difícil dar una oportunidad? No era que hubiera sido un hijo de puta siempre como para merecer ese desplante y había una cosa que se llamaba educación.

—No me hace gracia, hermano. Judith no quiere ni verme y Fernanda seguro que tampoco. No sé qué cojones hago aquí.

—No seas angustias, que seguro que esta noche sale todo bien. Ten un poquito de fe, hermano.

—Si tú lo dices.

Puse los ojos en blanco, estábamos entrando en su oficina. Una vez allí, me mostró todo el trabajo que se había hecho en el nuevo restaurante, era un lugar mágico, un lujo que haría que la empresa subiera de estatus; nuestra meta estaba más cerca que nunca.

Mientras tanto, le conté todo sobre el contrato con el señor Moretti y la idea que tenía sobre el restaurante en la Toscana, quería que se hiciera como un hotel rural, de esos que parecían sacados de las películas románticas que gustaban a las mujeres, como la película *Cartas a Julieta*. No la había visto, pero la conocía por mi madre, que sí la había visto alguna que otra vez. Me gustaba todo lo que me contaba y era algo que siempre había tenido en mente. Por un momento me imaginé a mí y a Fernanda paseando por aquellos campos viendo corretear a nuestra hija. «Ojalá sea mía», pensé.

—¿Estás bien, te has quedado congelado? —Mi hermano tocó mi hombro para hacerme despertar de mis pensamientos.

—Sí, sí. ¿Qué pasa?

—Nada, solo que te has quedado pensativo —explicó—. Sé que piensas en ella a todas horas, yo pasé por lo mismo que tú —suspiró—, pero cuando Judith me dejó estar con ella, todo fue a mejor y no cambio nada de lo que ha pasado.

—¿Ni siquiera los momentos malos?

—Ni siquiera eso, Hugo. Esos momentos solo han sido pruebas que he tenido que pasar para llegar al final y tener mi recompensa y a ti te pasará lo mismo, créeme. Además, ella también te quiere.

Su afirmación me sorprendió, pues no tenía la certeza de que eso fuera así, pero al parecer él sí que la tenía. Un hilo de esperanza se instaló en mi pecho y deseaba que las horas pasaran más deprisa para poder verla y conseguir que me escuchara. Eran tantas cosas las que quería decirle, tantas palabras que había retenido en mi corazón por miedo a no ser correspondido, a sufrir por una mujer, por amor. Nunca había estado enamorado de esta manera, bueno... nunca había estado enamorado. Fernanda era la primera que me había hecho doler el alma y la única que podía sanarla.

Pasé toda la mañana con mi hermano ultimando detalles, hasta que Judith lo llamó pidiéndole el favor de que llevara los vestidos a casa de Dora, la madre de Fernanda. Quise acompañarlo, pero no me dejó, así que decidí ir a ver a mi madre, aunque la iba a ver por la noche en la fiesta, sabía que allí no tendría cabeza para estar con ella.

Después de almorzar, llegué a casa de mi progenitora, esta al verme me dio un abrazo tan fuerte que por poco me partió en dos. La tenía realmente abandonada a la pobre.

—Mi niño, por fin estás aquí. ¿Cómo estás? ¿Has comido? Puedo prepararte cualquier cosa

que quieras —decía sin dejarme hablar.

—Mamá, mamá, ya he comido.

—No te creo... mírate, estás más flaco —afirmó obligándome a dar una vueltecita para comprobarlo por sí misma.

Cuando se cansó de darme vueltas, me llevó hasta el salón para sentarnos y hacerme el tercer grado digno de una madre. La vena cotilla de esta mujer no tenía límites y lo primero que me preguntó fue si tenía novia, obviamente, ella no sabía nada de Fernanda, aunque siempre se figuró que el motivo de mi marcha fue por una mujer de la cual estaba enamorado. Me aterraba el hecho de estar así por alguien, que mi vida cambiase tanto de un día para el otro, de verme de picaflor a solo plantar la semilla, por no decir otra cosa, en una sola. Me aterraba tener una estabilidad con alguien y me di cuenta de la falta que me hacía en cuanto supe que estaba embarazada y que era de otro.

—Bueno, pero sé que has venido acompañado. ¿Quién es ella? —siguió con la ronda de preguntas.

—Nadie importante, es mi asistente. Por el momento no tengo a nadie, ¿vale? —Le guiñé un ojo dándole a entender lo contrario, sabía lo que le gustaban esas cosas.

Sobre las siete y media me despedí de ella, había sido una tarde de las que necesitaba, una tarde con mi madre. Me hizo prometerle que pasaríamos otro ratito igual, que le había gustado hablar así conmigo. Era extraño escucharla decir eso, otra señal más para hacerme ver lo capullo que había sido toda mi vida.

El tiempo comenzó a pasar más rápido, más que cuando me desperté. La hora de irse estaba a la vuelta de la esquina y yo ya estaba vestido con mi esmoquin negro y esperando a Tania. Mi hermano se había ido ya para recoger a Judith y dejó un mensaje en la empresa que nos recogieran a nosotros. Mi acompañante salió de su habitación ya arreglada, la verdad era que estaba muy guapa; llevaba un vestido negro amarrado al cuello y entallado al cuerpo. Sonrió al darse cuenta de que la miraba de arriba abajo. No podía negar que Tania era muy atractiva, pero no la mujer que yo necesitaba.

—Estás muy guapa esta noche —la elogíé.

—Tú tampoco estás nada mal.

—¿Nos vamos? —Asintió.

Entrelazó su brazo con el mío y salimos del apartamento, bajamos y el coche nos esperaba en la puerta tal y como había dicho Héctor. Nos montamos y fue justo ahí cuando mis nervios comenzaron a florecer. A cada señal de tráfico que veía, era como si contara los kilómetros que faltaban para llegar y peor me ponía.

Tania, que se dio cuenta, cogió mi mano y me dio un apretón, ella sabía lo importante que era para mí esta noche y lo que deseaba que pasara con todas mis fuerzas.

Casi una hora después, estábamos saliendo del coche. Miré todo a mi alrededor y me sentí orgulloso de mi familia, de mi hermano. Se lo había currado tanto en este lugar que lo había dejado perfecto.

Todo estaba iluminado con luces que colgaban de los árboles y alrededor del camino que llevaba hasta la puerta grande de madera. En el jardín había una escultura con nuestro apellido, Castillo, en grande. Sentí un cosquilleo en mis manos, como si quisiera tocarlo y hablar con mi padre. Estaba seguro de que se sentiría orgulloso de Héctor, de todo lo que había conseguido en el

poco tiempo que llevaba. Solo hacía meses de su partida, de que nosotros empezáramos a llevar la empresa y solo queríamos que todo lo que él había conseguido en todos sus años fuera a más.

Los coches seguían llegando y Tania me dijo que entrásemos ya, pero por estúpido que pareciera, sin saber si ella había llegado ya o no, quería quedarme ahí en la puerta esperando su llegada, sabía que estaba a punto de que eso pasara, lo presentía y así fue. Justo cuando Tania había conseguido convencerme de que entrara con ella, la puerta de una limusina negra se abrió y Fernanda salió de ella. Mis ojos no podían apartarse de ella, de su cuerpo; estaba hermosa, el embarazo la hacía ver mucho más preciosa de lo que ya era. Por un momento pude mirarla a mi antojo sin que ella se percatase de ello y me quedé anclado al suelo en cuanto sus ojos se posaron en los míos, esos ojos que me habían cautivado la primera vez que nos vimos.

La vi tragar saliva, yo hice exactamente lo mismo. Sentí como si una fuerza sobrenatural tirase de mí en su dirección con las ganas de besarla, de meterla en mi pecho hasta el fin de nuestros días. Sentía que mis brazos estaban vacíos solo porque ella no estaba entre ellos. Sentía muchas cosas y tuve que reprimirlas todas en cuanto dejó de mirarme para centrarse en el hombre que la acompañaba. Un pellizco retorció mi corazón y supe que era la señal para entrar de una vez y dejar que todo pasara. Tenía poco tiempo para pensar cómo acercarme a ella, tenía que saber la verdad.

CAPÍTULO 15

Fernanda

Sentía como las contracciones me daban más a menudo, eran soportables, pero tenía que estar preparada para cualquier contratiempo. Durante el camino, Jesús estuvo pendiente de mí, al parecer Judith le contó que no me encontraba bien.

Cuando llegamos, me quedé unos segundos sentada en el coche, no quería salir, no estaba preparada, los nervios me tenían completamente acojonada... Sentía que mi corazón se me iba a escapar del pecho.

—¿Estás bien? Vamos, tenemos que salir ya. —Le escuché decir a Jesús, mas no lo miraba—. Fernanda, no seas cobarde y afronta esta noche como una auténtica guerrera. —Esa frase hizo que lo mirase a los ojos—. ¿Qué esperas? Tienes que ser valiente, como siempre lo has sido.

—No sé si tengo fuerzas para seguir siéndolo —le aseguré.

—Ningún hombre debería hacerte sentir así, amiga mía. Te mereces que te traten como a una reina.

—¿Por qué me dices esas cosas tan bonitas? Ahora me pondré a llorar, mamonazo. —Soltamos una carcajada.

Tras un efusivo abrazo, salí del coche respirando hondo. Si me vieran en el estado que estaba, pensarían que estaba a punto de ir a la horca y la realidad era otra, una muy diferente. Era solo que no tenía el coraje de ponerme frente a él, de que me hablase, de decirle que iba a ser padre. ¿Cómo se lo tomaría? No éramos nada, aunque yo quería que lo fuéramos todo.

Miré a mi alrededor, observando los detalles del lugar; todo era precioso. Mis ojos viajaron hasta la puerta y ahí estaba, mirándome fijamente, importándole muy poco las demás personas, solo yo... Solo él y yo. Tragué saliva, al igual que él, y solo cuando Jesús cogió mi mano, pude apartar la mirada de la suya. Estaba tan guapo, parecía un actor de cine, él sí que parecía una estrella. Había cambiado un poco, el gesto de su rostro no era el mismo, parecía más maduro o era posible que quisiera aparentarlo y en realidad siguiera siendo el niño que era cuando lo conocí.

—¿Es él? —Asentí—. Primera prueba superada —dijo en mi oído.

Caminamos despacio, después de verlo entrar junto con una mujer bastante guapa; sería su acompañante. No podía competir con ella ni mucho menos. «¿Competir? Ya empiezas a divagar», pensé negando, no estaba aquí para competir con nadie, solo era un evento de mi empresa a la que fui invitada solo por ser la amiga de la prometida del dueño. A estos eventos no solían venir los trabajadores de menor rango y, aunque llevaba bastante tiempo trabajando para los Castillo, por encima de mí había más personas.

Al entrar, busqué a Judith y Héctor, estaban sentados en una mesa redonda bastante grande en la que, cómo no, estaban también Hugo, su acompañante y su madre. Mi amiga nada más verme, me hizo un gesto para que fuéramos hasta ellos, mi respuesta fue una negativa, así que vino ella hasta nosotros.

—¿Qué haces? Jesús y tú os sentáis con nosotros —afirmó.

—Wow, ni de coña me voy a sentar allí. ¿Tengo que recordarte que está Hugo y que está con

su novia? No voy a pasar por eso...

—No es su novia, Fernanda, solo es su asistente y déjame decirte que la ha traído porque sabía que tú no venías sola. —Fruñí el ceño—. Mira, Fernanda. Hazlo por mí, por nosotros. Sé que no vas a estar cómoda, pero eres como mi hermana y Héctor es el tío de la criatura que llevas dentro, prácticamente eres de la familia.

—No, de verdad que no tiene que hacer esto. Yo no quiero estar ahí —repetí dándome la vuelta.

—Espera, Fernanda. Mi hermana tiene razón —intervino Jesús agarrando mi brazo—. Yo estoy contigo, ¿recuerdas? Así que vamos a sentarnos en esa mesa y a disfrutar de la noche. ¿Queda claro? —Lo miré con una ceja alzada—. No te oigo, ¿queda claro?

Suspirando, di un paso adelante para seguir a Judith con tranquilidad. No obstante, a cada paso que daba, más nerviosa me ponía, tenía un pellizco en el pecho y más cuando me di cuenta de que Hugo me estaba mirando, en realidad no había dejado de hacerlo desde que comprobó que había entrado. Una sonrisa estúpida se dibujó en sus labios cuando vio que me sentaría con ellos y que, para que todo fuera más divertido, mi silla estaba junto a la de él. Parecía todo bien planeado.

—Buenas noches —saludé a todos en la mesa.

—Almudena, él es mi hermano Jesús y Fernanda, mi mejor amiga. Creo que te he hablado de ellos como setecientas veces. —Escuché a Judith presentarnos y su suegra sonrió asintiendo—. Y esta cosita de aquí es mi sobrinita —mencionó tocando mi barriga.

—Oh, qué bonito. ¿De cuánto tiempo estás? —preguntó Almudena con emoción.

«Si esta mujer supiera que va a ser abuela», pensé con una sonrisa afligida. Inmediatamente y como si un imán me atrapasé, miré a Hugo, lo tenía tan cerca que podía oler su colonia.

—De casi siete meses —aseguré sin dejar de mirarlo.

Era como si con esa respuesta le estuviese dando pistas a él para que supiera que era el padre.

—No me extraña que Judith esté tan emocionada, su hermano y mejor amiga serán padres. Lo que es la vida.

—En realidad, yo no soy el padre —soltó Jesús sin más, haciendo que mi boca se abriese sobremanera.

—Ah, ¿no? —Negó—. Ups, lo siento. No lo sabía.

«Tierra trágame y escúpeme lejos, muy lejos de aquí».

—¿Me disculpan un momento?, tengo que ir al baño.

Me levanté para escapar de todas las miradas, inclusive la suya. Me sentí atrapada, pues de haber sabido que Jesús iba a decir eso me habría preparado, pero no lo hizo. Por un momento me sentí el centro de atención y necesitaba desahogarme sola, muy sola, tal y como estaba desde que Judith comenzó su vida... Llevaba sola mucho tiempo, demasiado, y en lo único que podía pensar era que tenía a la persona que amaba a mi lado y no podía decirle nada por mi cobardía, por ese temor a ser abandonada de nuevo. Ahora era diferente, íbamos a tener una hija y no estaba preparada para decírselo y que se marchara sin más, si nos íbamos a quedar solas, mejor sería estarlo desde el principio.

No quería llorar, de verdad que no, el maquillaje era tan bonito y Mari me había dejado tan guapa que sería un delito hacerlo, pero me faltaba muy poquito para explotar. Me eché agua en la

nuca y suspiré unas tres veces, reprimiendo las jodidas lágrimas, antes de salir de nuevo y sentarme a su lado.

—Vamos, Fernanda, esto está chupado... Has podido con todo en tu vida, ¿por qué no puedes con esto? —me pregunté—. Porque esta vez estoy enamorada —me respondí—. Joder.

Decidí salir del baño y, al hacerlo, me encontré con Hugo, parecía estar esperándome. Al percatarse de mi presencia, se acercó, poniéndose frente a mí, mirándome a los ojos.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Sí, gracias. —Quise esquivarlo, mas no me dejó—. ¿Qué quieres?

—Yo... solo quiero saber que estás bien. —Lo miré incrédula—. ¿Podemos hablar?

—No es el momento —respondí con sequedad.

—¿Cuándo?

¿Cuándo? ¿Cuándo podría hablar con él? No esperaba hacerlo, de hecho, pensé que no tendría que hacerlo hasta que me enteré de que venía.

—No lo sé.

Me alejé de él sin poder decirle nada más. Esperé que me agarrase y me besase. Ni yo misma sabía lo que quería.

Llegué a la mesa y me senté algo más tranquila, unos segundos después, Hugo se sentó también. Me fijé en como Almudena nos miraba a su hijo y a mí, como si supiera algo que yo no, o más de lo que yo pensaba. Judith me preguntó si me encontraba bien y asentí fingiendo una sonrisa, pero ella me conocía demasiado bien como para creerme.

El evento comenzó y por una hora pude relajarme, Héctor y Hugo tuvieron que subir a la tarima que habían preparado para presentar el restaurante, para dar la bienvenida y dar todos los detalles. Almudena fue llamada por sus hijos y ella subió orgullosa de ellos, de lo que habían conseguido y la verdad, después de verlos ahí, tras tantas cosas que habían ocurrido, yo también sentí orgullo y sabía que mi amiga también lo estaba de su prometido. Nunca pensé ver a Hugo feliz por haber conseguido algo que no entraba en sus planes, estar con su hermano ahí subido, hablando del trabajo, de cómo comenzó su padre, fue algo muy bonito.

—Se te cae la baba —susurró Jesús en mi oído.

—Anda, calla, que me tienes contenta —le respondí.

—Lo siento, pero yo no podía engañar a esa señora. Es su abuela, por el amor de Dios. ¿No te entra nada por el cuerpo? Yo no podría negarle esa noticia. —Su regaño me hizo abrir los ojos, estaba siendo injusta, ella no tenía la culpa de lo que su hijo y yo habíamos pasado.

—Tienes razón, lo siento.

—¿Y a qué esperas para solucionarlo? Fernanda, no soy tonto y sé cuándo una persona quiere a otra, y Hugo se muere por ti. Solo hay que fijarse en cómo te mira.

Crucé una mirada con él y asintió afirmándolo de nuevo. Yo quería creerlo, de verdad que quería, pero no podía perdonarlo así de repente. Joder, se fue sin decirme nada, no recibí ningún mensaje o llamada por su parte en todo el tiempo que estuvo fuera. ¿Cómo pretendía que ahora confiara en él? ¿Quién me decía que ahora iba a ser diferente? No quería que se fuera cuando viera que las cosas se ponían serias, ahora no solo estábamos hablando de nosotros, había una niña de por medio y no estaba dispuesta a ver sufrir a mi hija porque su padre era un cobarde. Pero, aun así, Almudena no tenía nada que ver y se merecía saber que sería abuela.

Cuando terminó la inauguración y terminamos de cenar, los camareros comenzaron a recoger

las mesas para dejar espacio y que empezara la celebración, una fiesta por así decirlo. Habían preparado una pista de baile y las luces se habían bajado a algo más tenue. La música se puso más alta y los invitados empezaron a bailar. Yo me sentía agobiada y decidí salir a dar un paseo por el jardín iluminado. Se lo dije a Judith para que no me buscara como las locas y ella asintió dándome un beso en la mejilla.

Al salir, el aire fresco azotó mi rostro y sentí la libertad y desahogo que no encontraba en el interior. Busqué un banco para sentarme, conociendo a Héctor y sus gustos, sabía que habría colocado algunos en el jardín y así fue: al lado de una fuente redonda, preciosa, había dos y me senté. Suspiré unas mil veces, buscando la calma que me faltaba. Aún seguía con contracciones y cada vez las tenía más seguidas, no obstante, no me dolía como para salir corriendo al hospital dado que el doctor me dijo que era normal sentir algunas pues me acercaba al parto.

—¿Puedo sentarme? —Su voz, esa voz.

Miré a mi derecha y ahí estaba tan perfecto, tan guapo, y yo estaba tan agotada para salir corriendo... Me encogí de hombros, dándole permiso. En realidad, me daba igual.

—Bonita noche, ¿verdad? —Alcé una ceja soltando una risita irónica—. Lo siento, es que no sé cómo empezar.

—Mejor no hables si no vas a ser sincero.

—La cuestión es que es la primera vez en mi vida que siento que puedo ser sincero contigo.

Su aclaración me descolocó, pues creía que siempre lo fue. No respondí, dejé que él hablara.

—Lo siento, Fernanda, siento haberme ido y no darte ninguna explicación. Fui un auténtico cobarde y un gilipollas.

—Fuiste mucho más que eso —si no hablaba me mordería la lengua.

—Lo sé y no sabes lo arrepentido que estoy —me dio la razón.

—Pensé que te había pasado algo hasta que tu hermano me dijo que te habías ido, y no creo que no hayas podido mandarme un simple mensaje. —Toqué mi vientre al sentir otra contracción y él me miró.

No me respondió, se quedó mirando a la nada, pensativo, como si estuviera buscando las palabras adecuadas; eso me hizo pensar, porque si tenía que meditar tanto sus palabras, era porque no merecía la pena escucharle. Iba a levantarme cuando cogió mi mano y justo ahí, en ese preciso momento, una corriente eléctrica me recorrió entera, solo cuando sentí su mano junto a la mía. Nos miramos a los ojos y vi la tristeza que desprendían los suyos.

—Perdóname, morenita, por favor. —Escucharlo decirme ese apelativo me dolió en el alma.

—No me llames así, duele mucho —le reproché.

—No puedo, eres mi morenita. —Se levantó para ponerse a mi altura—. No sabes el tiempo que he soñado con este momento, tenerte cerca y... hacer esto.

Y, tras decirme eso, pegó sus labios a los míos, cubriendo mi boca, que había estado desnuda. Sus manos estaban en mis mejillas y mis lágrimas no me dieron ni una tregua más, salieron sin más. Hugo secó cada una de ellas con sus labios, tras apartarlos de los míos, besó mis mejillas y sentí que me moría en sus brazos. No podía ser tan débil, no podía dejar que con solo unos besos consiguiera de mí lo que quería.

—No puedo, no cuando te fuiste sin más, sin importarte nada lo que estábamos comenzando —musité acongojada.

—Sentí miedo. —Fruncí el ceño—. Nunca en mi vida había estado con una sola mujer, nunca

había tenido la necesidad de solo estar con una y cuando vi que lo que comenzaba era serio, escapé sin más —declaró y me dieron ganas de patearle el culo.

—Eres un cobarde —afirmé.

—Lo sé, sé que soy un estúpido cobarde que no tuvo los cojones de ponerse frente a ti y decirte lo que sentía y ahora te tengo enfrente y no sé cómo hacer que me escuches porque te amo, Fernanda... No sabes cuánto.

—No creo ni una palabra.

Me giré para volver y decirle a Jesús que necesitaba irme, no podía aguantar más estar cerca de él. Aceleré el paso con el fin de ahora ser yo quien escapara de él, de sus palabras, del compromiso, porque no me creía que una persona que decía que me amaba no tuviese el coraje de buscarme antes. Corrí tan rápido que no vi el escalón, lo que provocó que me cayera al suelo.

Hugo vino hasta mí y se agachó para cogerme, mis gritos de dolor lo hicieron enmudecer. No sabía si había sido por la caída, por la tensión del momento, pero las contracciones se hicieron más fuertes y seguidas y ahora sí que necesitaba que me llevaran al hospital. Hugo no esperó, me metió en el coche en el que había venido él y le pidió al conductor que nos llevara. Por el camino se preocupó de llamar a Héctor y explicarle lo que había pasado.

—Acelera —pidió alzando la voz—. Estarás bien, ya lo verás —me dijo a mí tocando mi mejilla.

—Me duele mucho, Hugo —me quejé agarrando su mano—. Por favor, no me sueltes —le pedí apretándole.

—Nunca, cariño, nunca más te soltaré.

CAPÍTULO 16

Hugo

El camino hasta el hospital se estaba haciendo eterno y no veía la hora de llegar. Fernanda estaba cada vez más pálida y asustada. Sus dolores eran muy fuertes y no sabía qué hacer para calmar su dolor. Por unos segundos me pegué a ella, mis labios besaron los suyos y se dejó, eso hizo que sintiera algo de tranquilidad dentro de todo lo que estaba pasando.

Media hora después, estábamos entrando en el hospital, a ella se la llevaron corriendo los enfermeros y no me dejaron entrar, no cuando no sabían si yo era el padre, ni siquiera yo lo sabía. Además, primero tendrían que ver que todo estuviera bien, aún no estaba de su tiempo para que naciera.

Me senté en una de las sillas de la sala de espera, justo delante de la puerta por la que se la habían llevado, donde ponía prohibido el paso.

Al rato, llegaron todos, incluso mi madre. Todos habían dejado la fiesta para venir a ver a Fernanda.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado, Hugo? —me atropelló Judith a preguntas.

—No lo sé, estábamos hablando cuando salió corriendo y tropezó. Yo me había dado cuenta de que estaba mal, pero...

—Pero, como siempre, era más importante lo que tú necesitabas, ¿no? Como siempre, eres un egoísta —escupió Judith, haciéndome daño.

Agaché la cabeza, estaba avergonzado. No sabía qué decirle, en parte tenía razón. Me levanté y comencé a caminar lejos, necesitaba tomar el aire, pero justamente cuando me alejaba, escuché como alguien me llamaba, me di la vuelta y era un médico. Corrí hasta él para preguntar por Fernanda, aunque no fui el único.

—Hugo Castillo —me llamó de nuevo.

—Soy yo. ¿Cómo está Fernanda? —pregunté acelerado.

—Ven conmigo —me pidió.

—Espere, doctor, díganos algo. ¿Cómo está? —La voz de Judith salía tan preocupada que quise dejar que pasase ella en vez de yo. Sin embargo, el médico dijo que Fernanda quería verme a mí.

Les dijo a todos que ella estaba bien, solo que el parto se había adelantado y estaban intentando controlarlo, ya que no estaba de su tiempo. Era peligroso, pero harían lo posible para que todo saliera bien. Seguí al doctor hasta el interior de la sala y me llevó a una habitación donde tenían monitoreada a Fernanda. Nada más verme, se echó a llorar, estaba muy asustada. Me agaché, poniéndome de rodillas delante de ella y agarré sus manos, dándole la fuerza que necesitaba en este momento, la fuerza que yo mismo necesitaba y que solo ella podía darme.

—Tengo miedo —declaró.

—No lo tengas, tú eres fuerte y sabrás hacerlo. Tu hija va a estar muy orgullosa de ti.

—También lo estará de su padre, de ti —afirmó haciendo que mi mundo se llenara por completo.

Era mía, iba a ser padre. Sonreí emocionado, me puse a llorar como un niño pequeño al saber que yo era el padre de esa niña que estaba a punto de venir al mundo y, si antes tenía miedo sin saber que era mía, ahora lo tenía mucho más. Besé sus labios con pasión, con toda la que sentía por esta mujer que me daba más de lo que pedí, de lo que merecía.

—¿Mía? —pregunté en un hilo de voz.

—Tuya.

El tiempo comenzó a pasar y ya tenían que preparar a Fernanda, no pudieron retener por más tiempo el parto y, al ser tan pequeña, tuvieron que hacerle una cesárea. No pude quedarme con ella, entraba en el quirófano y ahí solo podían estar los médicos. Así que, con todo el dolor de mi corazón, salí de la sala para volver con mi familia.

Judith, nada más verme, vino hasta mí para preguntarme y lo único que pude hacer fue abrazarla, acto que no se esperó, pero que tampoco rechazó. Al final nos íbamos a llevar bien y todo.

—Voy a ser padre —le dije al oído y ella asintió.

—Más te vale no volver a desaparecer o te busco y te parto las piernas —me amenazó—. Y sabes que lo hago.

—Tranquila, mi vida está aquí, con mi mujer y mi hija.

Dije esas palabras con el pecho inflado, era tal la felicidad que sentía que no pude evitar sonreír como un estúpido. Me acerqué a mi madre para contarle que esa niña que estaba a punto de nacer era su nieta y se puso a llorar, algo le decía que entre Fernanda y yo pasaba algo, lo notó en cuanto ella llegó a la mesa y yo me puse nervioso. No se le escapaba una.

Me senté con ella, necesitaba calmarme y dejar de pensar en lo que podía pasar, tenía que ser positivo.

Media hora después llegaron dos mujeres, una de ellas parecía ser la madre de Fernanda, estaba llorando y abrazaba a Judith. La llevó hasta una de las sillas y se sentó con ella para tranquilizarla. En ese momento, Héctor se sentó a mi lado.

—¿Estás bien? —se interesó.

—No lo estaré hasta que no vea a Fernanda y la niña, que ellas estén bien —respondí con la cabeza gacha.

—Te entiendo. —Puso su mano en mi rodilla—. ¿Sabes? Nunca pensé verte en esta tesitura, a punto de conocer a tu primera hija. Es de locos.

Sonreí mirándolo, así era, de locos y más loco estaba yo por no haber venido antes a Madrid.

—Me he perdido las ecografías, prácticamente todo.

—Pero has llegado a tiempo, hermano. Ahora no te vas a perder la vida con tu hija.

De nuevo tenía razón, lo importante no me lo iba a perder.

Una hora de espera llevábamos y estaba loco por entrar ahí y pedir explicaciones; lo iba a hacer cuando el médico, el mismo que me llamó para entrar a verla, volvió a salir y esta vez con noticias. Nos acercamos como dementes a preguntar y nos dijo que todo estaba bien, la niña había pesado poquito y, al ser prematura, la llevaron a la incubadora. Fernanda estaba recuperándose y pronto la subirían a la habitación. Pidió que el padre y abuelas lo siguieran para ir a ver a la niña y eso hicimos; Dora, mi madre y yo fuimos tras él para que nos llevara a la sala de neonatos, donde mi hija estaba.

Cuando nos puso delante y la vi, sentí que mi corazón explotaba de felicidad, una sensación

que jamás había experimentado, algo inexplicable, algo perfecto y hermoso.

—Es preciosa —musité—. La más hermosa de todas.

Lloré como un niño pequeño y mi madre, emocionada, me abrazó.

—Enhorabuena, mi niño, nunca me habría imaginado que llegaría este momento y tan pronto. Soy feliz por ti, porque tú lo eres y has encontrado la mujer correcta. —Las palabras de mi madre eran muy importantes para mí, ella lo era.

—Felicidades, muchacho. Al fin tengo el gusto de conocer al hombre que le robó el corazón a mi hija, solo espero que podáis ser felices. —Dora me dio un abrazo—. Espero que esta vez la cuides, mi hija vale millones —me dijo al oído, solo para que yo lo escuchara.

—Lo juro, juro por mi vida que así será.

Me dejaron solo con mi hija, el primer momento padre e hija. Vi como abría sus ojitos y morí de amor en ese instante. Si dormida era perfecta, aún lo era más despierta.

Estuve con ella media hora, hasta que una enfermera me dijo que ya tenía que salir, además, Fernanda ya estaba subiendo a la habitación y tenía que ir con ella, deseaba ir con ella.

Subí en el ascensor nervioso, mucho a decir verdad y eso que ya había estado con ella, que volví a besar sus labios después de tantos meses separados. Al llegar al piso indicado, no me importó quién había, no miré a nadie y entré en la habitación. Me miró, la miré y sentí que había llegado a mi hogar. Caminé hasta ella y la besé con todo mi amor, con toda la fuerza de mi alma ya recuperada. Me había sentido perdido, me había sentido olvidado, no me había dado cuenta de cuánto estaba equivocado.

Escuché como alguien decía que nos dejaran solos, que era nuestro momento. Separé mis labios de los de ella y pegué mi frente a la suya.

—La he visto, he visto a nuestra hija y es preciosa, la más bonita de todas. —Sonrió y yo la imité.

—Hugo, yo...

—No digas nada, tú no eres la que tienes que hablar —la interrumpí—. Soy yo quien tiene que decirte todo lo que siento, lo que he vivido sin ti. Me equivoqué al irme, no tuve que hacerlo y ahora más que nunca me doy cuenta del error que cometí. —Me senté en la silla que había al lado de su cama—. Me enamoré de ti nada más conocerte, Fernanda. Sentí que serías la mujer que acabaría robando mi corazón y me entró el pánico. Ahora sé que mi vida está contigo, que te amo más que a nada y que no volveré a irme porque moriría sin ti, sin vosotras. Por favor, dame la oportunidad de demostrártelo.

Se quedó callada, pensativa, y el miedo a perderla volvió a inundarme. Agaché la mirada, clavé mis ojos en mis pies, si iba a rechazarme, no quería mirar sus ojos y darme cuenta de que sería la última vez que lo haría.

—Mírame, Hugo —me pidió y lo hice—. No te voy a negar que sigo teniendo miedo, pero no a perderte, sino a lo que nos viene. No va a ser fácil, ya te lo digo, pero sea lo que sea que pase, quiero que estés a mi lado. Hemos sido padres, no es ninguna tontería. —Sonrió.

Volví a acercarme a ella, sentándome en la cama, dejando mi cuerpo de reposo para el suyo.

—No sabes cuánto he anhelado este momento, a ti. Anhelaba tu aroma, lo que desprendías era tan perfecto que soñaba con ello todas las noches.

—Ya no tendrás que hacerlo más, ya no anhelarás tenerme porque ya me tienes.

Sus palabras eran como un bálsamo para mis heridas, unas heridas que yo mismo me

provoqué por cobarde. Pero nunca más lo sería, no sería más ese niño que no sabía lo que quería.

Ahora lo sabía, sabía exactamente lo que quería y eso era una vida junto a ellas. Solo anhelaba su aroma, ahora anhelaba tenerlo todo y todo yo le daría.

EPÍLOGO

Fernanda

Tres años después

No podía creer que estuviéramos a punto de celebrar el tercer cumpleaños de mi princesa, había crecido tan rápido, casi no nos dimos cuenta. Estuve toda la mañana preparando los globos, Judith iba a venir a ayudarme, pero el pequeño Eloy se había levantado pachucho. Cierto, no conocéis a Eloy, es el hijo de Héctor y Judith; al final, después de casi dos años luchando por la adopción, lograron tener con ellos a ese pequeño de cuatro años. Cuando Judith vio su foto, se enamoró de él y no pudo resistirse a ser su madre. Por fin mi amiga era feliz, tenía todo lo que había deseado en la vida, un hombre que la veneraba y un hijo al que adoraba; lo daba todo por él.

Me acerqué a mi madre, que le hacía carantoñas a su nieta, Luna no estaba por la labor de comerse el desayuno, tenía un carácter... ¿cómo decirlo? Muy yo, era muy parecida a mí en casi todo. Lo único que había sacado de Hugo habían sido esos preciosos ojos claros.

—Luna, mi vida, cómete la compota de frutas —le pedí con cariño.

—Esta niña me recuerda tanto a ti, tú eras igual de cascarrabias —mencionó mi madre haciéndome reír.

La dejé luchando con ella y seguí con la preparación. Hugo había ido a recoger a Almudena, mi suegra, que almorzaría con nosotros para estar cuando empezara la fiesta, ella tampoco se perdía nada de su nieta y la mimaba demasiado.

La vida me había sonreído tanto que aún no era capaz de creérmelo. Hugo y yo teníamos una vida feliz junto a nuestra princesa, cumplió su promesa de demostrar lo que nos amaba y la necesidad de estar con nosotras y yo me sentía feliz de haber descubierto al hombre que no conocí en su momento.

—Cumpleaños feliz, te deseamos todos, cumpleaños feliz —le cantamos a Luna.

—Sopla la vela, mi amor —le dijo Hugo al oído.

Nuestra pequeña le hizo caso y con nuestra ayuda y la de Eloy, su primo, apagó la velita con el número tres. Todos aplaudimos y comenzaron las fotos alrededor de los regalos, demasiados para una niña solo.

Me acerqué a Judith y me senté a su lado, dejé a Luna con Hugo abriendo los regalos, estaba feliz y yo no cabía en mí de dicha. Mi sonrisa era tan grande como el mismo cielo.

—¿Eres feliz? —me preguntó Judith.

—Mucho, más de lo que soñé. ¿Tú?

—Demasiado, a veces pienso que me dará un infarto por tanta felicidad. —Soltamos una carcajada.

Jesús se puso a jugar con los niños con su pareja Edgar; ya llevaban un año juntos y también vimos que había encontrado al hombre de su vida, había encontrado el amor.

Hugo y Héctor se sentaron a nuestro lado y miramos el paisaje, uno lleno de risas, correteos y familia, lo más importante de todo. Nos miramos y sonreímos.

Empezamos los cuatro esta historia y, lo mejor de todo, era que la acabábamos siendo más. La vida ponía muchas pruebas, muchas piedras en el camino y lo mejor de todo era tener a alguien a nuestro lado que nos ayudase a saltar cada una de ellas para seguir adelante. Yo tenía a Hugo, Judith a Héctor. Nos habíamos enamorado de los hermanos Castillo y formado una familia feliz. La mejor parte, ahora podría compartir todo con mi hermana del alma.

Fin